Sigmund Freud y Stefan Zweig: "La invisible lucha por el alma"

Epistolario completo 1908-1939

Presentación: José E. Milmaniene

Traducción: Agostina Salvaggio y Marcelo G. Burello

Edición: Marcelo G. Burello

Epistolarios

Miño y Dávila Editores

Dirigida por Marcelo G. Burello

Desde la Antigüedad hasta nuestros días, cuando nuevos soportes y formatos reconfiguran las comunicaciones, las cartas constituyeron un pilar de la cultura humana. No sólo como vías de intercambio, sino también como instancias de autocomprensión, las epístolas cruzaron el orbe en busca del milagro de un contacto diferido y sin embargo vívido: un diálogo entre ausentes que se presentizan en la escritura. Esta colección quiere albergar algunos casos sobresalientes de ese arte íntimo, hoy casi en vías de extinción, y sin el cual la historia íntegra del hombre hasta aquí sería inconcebible.

Sigmund Freud y Stefan Zweig: "La invisible lucha por el alma"

Epistolario completo 1908-1939

Presentación: José E. Milmaniene

Traducción: Agostina Salvaggio y Marcelo G. Burello

Edición: Marcelo G. Burello

Presentación

José E. Milmaniene

El intercambio epistolar entre Freud y Zweig muestra al creador del psicoanálisis en la doble faceta de*Dichter* (creador de ficciones) y *Naturforscher* (científico naturalista). Sus cartas nos ofrecen un material inagotable para "poner a trabajar" las propias concepciones psicoanalíticas, en el proceso mismo de su producción.

En su correspondencia, Freud relata las diversas vicisitudes que rodean su vida -expresadas por el decir poético (*Dichten*) de un gran estilista de la lengua alemana-; así como también transmite con claridad el "pensamiento pensante" (*Denken*) acerca de los mecanismos del inconsciente. Freud consideraba a los artistas como capaces de un acceso privilegiado a la "*otra escena*" inconsciente (*eine andere Schauplatz*), de modo que la figura de un creador literario de la talla de Zweig operó como estímulo para la redacción de una correspondencia plena de reveladoras consideraciones psicoanalíticas.

Zweig era para Freud no sólo un escritor admirado por la belleza de su estilo literario, sino también por su aguda capacidad de observación, para la comprensión de lo "*siniestramente excesivo*" que habita en los núcleos más profundos de la subjetividad de su tiempo. Freud consideraba a los poetas y escritores como capaces de avizorar en "estado práctico" los complejos mecanismos inconscientes, sin el esfuerzo intelectual que demanda al investigador psicoanalítico la captación conceptual de los mismos. El creador literario devino para Freud un valorado aliado en la exploración del inconsciente, de modo que el intercambio epistolar con un escritor muy compenetrado con sus originales ideas operó como un verdadero dispositivo (*Dichtung*), propicio para plasmar una escritura imbuida de un consistente "plus de sentido" psicoanalítico.

Se trata pues, en estas cartas, más que de la formulación de nuevos conceptos, de la "puesta en acto" de los operadores mayores de la teoría, es decir, de la transmisión de las ideas psicoanalíticas, con un claro estilo didáctico, que las dota de una inusual potencia discursiva. Este intercambio epistolar revela una fuerte afinidad entre dos hombres que se enviaban mutuamente sus obras, con la seguridad de encontrar cada uno en el otro un lector privilegiado, dado que ambos compartían la misma convicción en el *poder redentor de la palabra*. Zweig admiraba profundamente al hombre Freud, tanto por su valentía para abordar sin inhibiciones ni falsos pudores la vida sexual humana así como por su coraje para vencer las enormes resistencias que despertaba su genial obra, a la que consideraba la mayor contribución para la comprensión de los conflictos del alma humana.

La profunda valoración de la obra freudiana reside no sólo en que ésta revela los mecanismos inconscientes que presiden todas las conductas humanas -desde las más sublimes hasta las más pulsionales-; sino que también ha fundado una práctica clínica inédita, la *curación por el espíritu*, tal como la llamó Zweig. Ésta posibilita la elaboración -a través de la palabra interpretativa enunciada en transferencia- de los conflictos inconscientes que desgarran a la subjetividad, atenazada por la culpa, los mandatos de imposible cumplimiento, los goces letales, los deseos incumplidos, los fracasos neuróticos, y los amores imposibles. Zweig, al igual que otros escritores y artistas, sostenía que el descubrimiento psicoanalítico implicó mucho más que un método terapéutico, dado que no solo revolucionó todos los campos del saber, sino que además posibilitó el desarrollo de una renovada concepción del hombre. Escribe en una carta del 9 de diciembre de 1929: "Quizás aquello que para usted era lo más importante, el método curativo, para mí hoy ya no es lo esencial de la obra. Creo que la revolución que Ud. ha provocado en lo psicológico y filosófico, y en toda estructura moral de nuestro mundo, abarca mucho más que la parte terapéutica de su descubrimiento".

En otros términos, Zweig percibió que Freud había fundado una *ciencia conjetural del sujeto*, la que permite -a través del desciframiento interpretativo de los deseos inconscientes- hacer inoperantes las defensas

imaginarias yoicas y las fijaciones sintomáticas. El psicoanálisis freudiano posibilita así la apertura a un "*nuevo decir*" -que expresa lo que fue silenciado por las represiones o negaciones-, el que facilita la reconciliación del sujeto con la dimensión simbólica de la existencia y la recuperación de la experiencia placentera del evento del lenguaje.

La analítica *poético-existencial* creada por Freud permite consolidar un gran progreso sublimatorio, al develar la diferencia ontológico–sexual que nos singulariza y los deseos inconscientes que nos causan. Freud ha inventado los *nombres teóricos* que permiten hacer consciente el inconsciente, y le ha devuelto a la *palabra* la potencia terapéutica, que posibilita no sólo la supresión de los síntomas, sino también la comprensión de los mecanismos inconscientes que anudan los goces letales, en sus insistencias repetitivas.

Freud, a su vez, estimaba a los escritores como Zweig, que eran capaces de crear ficciones que ponían en escena los conflictos inconscientes esenciales entre el deseo y la Ley. Las narrativas poéticas exponen, con ganancia de placer estético, la dramática existencial ligada a los grandes dilemas éticos, que signan la conducta humana. La "puesta en escena" literaria permite por ende un distanciamiento reflexivo por parte de los lectores, que opera ya inicialmente, como la posibilidad de un cambio en la posición subjetiva. Es decir, Freud ha ponderado siempre el poder rectificativo del arte y la capacidad del creador de exponer a través de mínimos detalles y sutiles matices discursivos y gestuales, los deseos inconscientes más profundos, opacados por sólidas racionalizaciones encubridoras.

Freud pondera el hecho de que el novelista logre, a través del lenguaje, la exposición de relaciones intersubjetivas insospechadas, que hasta entonces nadie había puesto en palabras. La escritura presenta los dramas existenciales de modo tal que nos permite plantearnos las buenas preguntas, que posibilitan así una mayor aproximación a la intelección de las escenas sexuales reprimidas, que operan como el fundamento último de todos los conflictos. De modo que Freud no sólo obtuvo un elevado placer a partir de la lectura de las obras del escritor -que lo distraían de su

esforzada labor analítica-, sino que le permitió desarrollar su hermenéutica interpretativa, dado que la maestría de la expresión verbal del escritor, con la consiguiente acumulación simbólica que procura, hace "que lo oculto se entrevea cada vez más".

El estado de "*gracia poética*" en que son formulados los conflictos existenciales por los escritores, literatos y dramaturgos le otorga al discurso artístico un alto grado de transparencia, lo que permite atisbar con mayor facilidad los deseos y goces inconscientes que subyacen en las obras, y puedan por ende ser develados con mayor precisión por la interpretación psicoanalítica.

A través de dos obras clásicas de Zweig, *Confusión de sentimientos* y *Veinticuatro horas en la vida de una mujer*, a las que consideraba como "pequeñas obras maestras", Freud pudo no sólo profundizar en la comprensión de los procesos inconscientes que determinan las conductas humanas, sino también afirmar sus concepciones, con la "ganancia de saber" inherente a los logrados ejemplos alegóricos de la teoría.

El hospitalario acogimiento de sus trascendentes aportes y la sensible captación del sentido de sus innovadoras propuestas por parte de un narrador como Zweig motivó en Freud, seguramente, un particular "*momento fecundo*" en la formulación y exposición de sus originales ideas. En tal sentido, recordemos que Zweig -como consagrado autor de biografías- se sentía particularmente atraído por la psicología profunda de sus personajes, y en consecuencia por el método psicoanalítico, que ofrece la más lúcida posibilidad de investigar y comprender en toda su dimensión los mecanismos inconscientes. Poseía una asombrosa capacidad de observación de los aspectos más reprimidos de la conducta, en consonancia con las conceptualizaciones freudianas más esenciales.

Podemos sostener así que Zweig aprehendió intuitivamente el *sentido sexual inconsciente de todos los síntomas*, tal cual lo piensa Freud, a saber: las expresiones psicopatológicas expresan un fuerte goce masoquista (sufrimiento erotizado), como modo de castigo y expiación

por la culpa, que deriva de oscuras fantasías incestuosas y parricidas. Así, en relación a los ataques epilépticos de Dostoievski, escribe en la carta del 3 de noviembre de 1920: "Incluso creo que, de hecho, en él se hacía presente una misteriosa sensación placentera de *deseo* luego de ciertas formas de ataques: aquí se muestra, seguramente, uno de los secretos más tentadores que existen para los patólogos". Efectivamente, las misteriosas y placenteras sensaciones desiderativas -que acompañan inconscientemente a las expresiones sintomáticas- encuentran su fundamento último en el goce sexual masoquista que procuran, tal como nos enseña Freud. Entonces, las fecundas intuiciones psicológicas del escritor se acercan notablemente a las teorizaciones freudianas, basadas en el reconocimiento de la absoluta hegemonía del *deseo inconsciente*, como determinante en última instancia, de todos los conflictos existenciales y de todas las producciones sublimatorias.

El logrado encuentro amistoso entre Zweig y Freud devino de sus profundas afinidades humanísticas e intelectuales, dado que ambos sostenían el deber ético de enfrentar toda recaída imaginaria en el violento orden pulsional, con el consecuente fortalecimiento del registro sublimatorio. Freud vino a renovar en la modernidad el *Pacto con la Palabra* y a poner nombres teóricos a los complejos mecanismos de la psique, tal como escribe en la carta del 14 de abril de 1925: "Nuestro sobrio modo de luchar contra el demonio es ciertamente describirlo como un objeto comprensible para la ciencia". En tanto que Zweig apeló a la potencia sublime de la escritura, que porta los valores ético-culturales de los libros, que conforman el acervo cultural de la humanidad, y cuya lectura deviene en un verdadero acontecimiento, dado que luego de frecuentar sus páginas seremos distintos: habremos accedido ya a un mayor grado de espiritualidad.

Describiré, a modo de introducción, un breve resumen de algunas de las principales cuestiones psicoanalíticas abordadas en esta correspondencia.

- En una carta del 4 de septiembre de 1926, Freud le expresa que lo que Zweig "ha puesto en palabras con un impecable disfraz" en su breve novela *Veinticuatro horas en la vida de una mujer* lo convoca a

una lectura interpretativa psicoanalítica.
Freud afirma que las obras literarias revelan que la infinita riqueza de las situaciones planteadas en diversas tramas argumentales remiten generalmente a un "pequeño número de ´motivos originarios`" conformados por escenas traumáticas reprimidas, que generan fantasías de contenido incestuoso, las que son finalmente tramitadas a través de la producción literaria. Es decir, las creaciones artísticas son reediciones disfrazadas y embellecidas de las fantasías sexuales masturbatorias de la niñez, a través de un complejo proceso de simbolización y sublimación. De modo que aun las obras poéticas más sublimes reconocen una base pulsional, anclada en *fantasmas edípicos que portan un núcleo de verdad histórico.*
En consecuencia, Freud analiza la trama inconsciente de la novela, y descubre que el fundamento último del enamoramiento de la protagonista por el joven polaco reside en la fijación incestuosa de la madre por su hijo. Los "imprevisibles impulsos" de toda mujer (frase con la que comienza la narración) adquieren pues, luego de la interpretación analítica, su razón motivacional inconsciente, que la lleva a jugarse su destino como repetición.
El escritor dejó trabajar bellamente a sus fantasías inconscientes, y puso en escena –a través de indicios tales como la edad del hijo y el énfasis en las manos que aluden a la masturbación- la posibilidad de develar e interpretar las verdaderas motivaciones inconscientes de los personajes. Freud explica, en una apretada síntesis, que en las elaboraciones poéticas, el *onanismo* es sustituido por la riesgosa práctica del *juego* compulsivo. Le escribe a Zweig: "La obligatoriedad, la irresistibilidad, las reincidencias a pesar de las más firmes intenciones, el peligro que amenaza a la vida, son rasgos directos del antiguo modelo. La primera denominación que el onanismo había encontrado en el ámbito infantil fue la del ´juego`: un juego peligroso, se le decía al niño, en el que se enloquece o se muere".
Es decir, a la belleza de la escritura poética Freud le dona la Verdad del Saber inconsciente acerca de un "núcleo desconocido", que de revelarse sin el procesamiento formal del arte resultaría "repugnante" para la conciencia. Entonces, el psicoanálisis demuestra que en la

> base de todas las ilusiones ficcionales de redención operan fantasías inconscientes edípicas, semejantes a las que permite colegir la interpretación psicoanalítica de este texto literario, y que Freud resume así: "El motivo es el de la madre que, al entregar su propia persona, inicia al hijo en el contacto sexual para salvarlo de los peligros del onanismo, que al niño se le aparecen como peligros gigantes que amenazan su vida".

Freud sostiene, a partir del análisis de la producción literaria de Dostoievski, una premisa esencial: la vida y la obra de los hombres resultan efectos –sintomáticos o sublimatorios- del particular modo en que cada cual resuelve las vicisitudes de su "constitución sexual". Así, las peculiaridades existenciales y artísticas de Dostoievski están signadas por el hecho traumático fundamental de haber sido castigado por su padre en su juventud.

A partir de este significativo incidente se revela la enorme *ambivalencia* que despierta la figura del padre, consistente en potentes y contradictorias corrientes emocionales, de imposible resolución. Freud describe la importancia esencial del *complejo paterno* en el destino de todo hombre, dada la doble actitud hacia la autoridad, a saber: "el voluptuoso sometimiento masoquista y la escandalosa sublevación en su contra. El masoquismo incluye el sentimiento de culpa que insta a la ´redención`".

En otros términos: la coexistencia del intenso amor al padre y la fuerte culpa por las fantasías parricidas instan al castigo expiatorio. Freud nos advierte que el fantasma parricida opera en todo hombre, y que en el inconsciente el neurótico supone que las meras intenciones fantaseadas equivalen a su efectiva consumación. El testimonio sublimatorio del *parricidio simbólico* lo constituye la *escritura,* modo privilegiado de dar cuenta de esa muerte, dado que gracias a ella se elabora el dolor que genera la ambivalencia, que supone matar al amado y temido padre. La escritura deviene entonces un modo logrado de resolver el conflicto que implica la necesidad de matar simbólicamente al padre, para subjetivarse en toda posición desiderativa; en contraposición a la impotencia, el

sufrimiento y la culpa que origina el parricidio no consumado simbólicamente, o bien actuado en las conductas transgresivas.

Entonces, ese desgarramiento subjetivo entre el amor y el odio letal deriva en síntomas, o bien en la*escritura hecha síntoma* a la que se podría considerar así como una "*depresión estabilizada*", en tanto evocación nostalgiosa del amor paterno perdido, dada la culpa que produce el fantaseado crimen primordial (parricidio).

A través de estos dos breves ejemplos, Freud transmite a su interlocutor la centralidad del Edipo, no solo en la causación de las neurosis, sino también en las producciones sublimatorias, que surgen como intentos –bellamente planteados- de su resolución. De modo que Freud, con gran economía de medios, explica cómo finalmente la vida resulta de la elaboración de la historia libidinal de cada cual, signada por intensas fantasías sexuales –incestuosas y parricidas- que pugnan siempre por algún modo de expresión y determinan el destino.

Esta correspondencia refleja la potencia espiritual de dos humanistas, que han apostado decididamente, en tiempos neblinosos, por el poder redentor de la Palabra. Todo aquel que frecuente las páginas de este epistolario se imbuirá de la serena esperanza que deriva de haber tomado contacto con dos hombres que, aun frente al rechazo de sus ideas o la persecución por su condición judía, han sabido sostener sin concesiones la luz que irradia las más lúcidas y sabias producciones del espíritu.

Nota del editor

Marcelo G. Burello

Quizás sea verdad que Stefan Zweig (1881-1942), al no haber sido colega de Sigmund Freud (1856-1939) en ningún sentido profesional, y ni siquiera haber aplicado espontáneamente nociones de psicología profunda con pretensiones de originalidad en su obra (como era el caso del médico y escritor Arthur Schnitzler, según lo reconociera –no sin irritación- el propio Freud), pudo sentir un afecto genuino, una sana admiración por el padre del psicoanálisis, un compatriota, correligionario y coetáneo cuya cercanía y afinidad no le impidió sin embargo percibir la enorme distancia que los separaba ("lo importante en un creador no es de dónde viene, sino únicamente a dónde ha llegado" señalaría precisamente a propósito de Freud en su bello estudio *La curación por el espíritu*). Desde sus tímidos comienzos como poeta lírico (género en el que no perseveró, acaso gracias a su resonante éxito como prosista), Zweig se sabía un miembro más de una egregia cadena, la literaria, mientras que en Freud veía al creador de algo definitivamente nuevo y poderoso, cuya magnitud crecía día a día y cuyo ámbito de influencia no se dejaba describir bien –o no tan sólo- por el sencillo concepto de "ciencia". De hecho, la obra entera de Zweig, y en especial aquello que más éxito le concediera en vida, sus biografías noveladas, ocasionalmente incurre en ciertos ejercicios de psicología casi psicoanalítica, pero siempre como respetuoso tributo al maestro, a la vez que como novedoso dispositivo estético. La carta del 21 de octubre de 1932 es elocuente, aunque quizás exagerada hasta un extremo casi servil: "todo lo que escribo está influenciado por usted", confiesa allí el literato vienés. Este tipo de exabruptos han abonado la inflada tesis de Johannes Cremerius según la cual Zweig profesaba una "identificación heroica" respecto del psiquiatra [1], una proyección idealizada de su propia persona en la de su venerado objeto de culto; no en vano en su discurso de despedida (Zweig fue el otro único orador de aquel triste evento junto a

Ernest Jones) lo designa “héroe espiritual”, admitiendo que para él había sido un privilegio tratar personalmente con el tipo de personaje histórico sobre el que tanto le gustaba escribir. No hay que olvidar que a ambos los separaba una diferencia de edad de un redondo cuarto de siglo, por lo que el papel de figura paterna operado por Freud ante Zweig no carecía, si se quiere, de sustento material.

Ahora bien, ¿quién ha dicho que el cariño y la admiración, a fin de cuentas, deban o puedan ser puros y desinteresados? Freud fue para Zweig uno más de los muchos sujetos dignos de esas grandes biografías noveladas con las que tanto se destacaba el escritor, y ambos lo supieron prácticamente desde el inicio de esa relación que voluntaria y consecuentemente entablaron, primero de modo epistolar, y luego a nivel personal. En este sentido jamás hubo hipocresías o *arrière-pensées*: uno era un terapeuta, que escribía porque investigaba, y el otro, un escritor, que investigaba para escribir. A tal punto, que en una lúcida epístola de 1936, durante esa temeraria permanencia en suelo austriaco que ponía en riesgo su vida y la de su familia, el siempre agudo Freud le dice a su tenaz seguidor: “en la galería de criaturas humanas notables que usted construyó […] soy ciertamente no el más interesante, pero sí el único que está vivo”. Las cuentas claras conservan la amistad, dice el refrán, y en este caso la relación se mantuvo contra viento y marea –pese a los malentendidos, pese a las propias gloriosas carreras, e incluso pese a Hitler y el fascismo europeo- durante dos décadas terriblemente dificultosas para dos judíos austriacos con un muy alto perfil en la opinión pública. Sin dudas, Freud era para Zweig –que sugestivamente persistía en escribir mal el nombre, confundiendo “Sigmund” con el más germánico “Siegmund”- una persona cercana, de carne y hueso, pero también un maravilloso pre-texto para sus textos, una espléndida referencia más para apuntalar su ascendente obra.

Esa obra, de cuyo resonante éxito el propio escritor a veces se sentía obligado a alardear para concitar la atención de su amigo, se fue cumpliendo en diversas estaciones específicas respecto de esta relación. Además de las “apropiaciones” de la hermenéutica psicoanalítica esparcidas en su narrativa y su ensayística, hay que mencionar puntualmente el capítulo dedicado a Freud en la ya mentada*Curación por*

el espíritu (1930), la reseña del *Malestar en la cultura* en el diario *Berliner Tageblatt*(1931), los encomios con motivos de diversos aniversarios en la prensa (1926 y 1936), el discurso durante el sepelio, y sobre todo, el epistolario. Por cierto, no ha de sorprender que justamente un escritor sofisticado haya reparado tempranamente en los aportes léxicos realizados por Freud, quien –por usar la propia figura de Zweig- al expandir la lengua de los hombres había expandido la mente humana, para bien y para mal. Antes de los oportunos señalamientos de especialistas en el método freudiano como Pontalis o Ricoeur, Zweig ya había subrayado la enorme contribución *lingüística*operada por el insigne psiquiatra, resaltando –claro que sin quererlo- uno de los flancos que luego más atacaría la reacción antipsicoanalítica: su fundamento fuertemente literario. De aquí que en cierta ocasión, al enumerar a los grandes tributarios de los logros freudianos, el propio Zweig haya invocado nada menos que a Proust, a D. H. Lawrence y a Joyce… (ver carta del 8 de septiembre de 1926).

Preguntémonos a la inversa: ¿qué significó en cambio el célebre novelista para el doctor Freud? Asiduo y curioso lector (no es preciso abundar en las profusas relaciones entre literatura y psicoanálisis, que de hecho el psiquiatra intentara refutar al comienzo de su ensayo sobre "lo siniestro"), Freud no podía dejar de leer a una de las más renombradas plumas del momento, el escritor en lengua alemana más vendido en el mundo. Más allá de las menciones explícitas que hace de obras del autor, a menudo provocadas por el envío directo de la obra (desde 1908 ambos se enviaban a domicilio cada una de sus publicaciones, incluso en el exilio), es posible que a Freud le hayan interesado ante todo los retratos de personajes artísticos e históricos característicos de la prosa ensayística de Zweig, en especial aquellos que aportaban datos filológicos y biográficos –a menudo desinformados o deformados- sobre personalidades tan ricas y complejas como Hölderlin o Nietzsche (el autor que Zweig más solía citar). Sugestivamente, en estos gruesos volúmenes Freud podía dar a menudo con una imagen especular, pues no era infrecuente que el polígrafo vienés se tomara la libertad de aplicar –a veces con una laxitud rayana en el amateurismo propio de un conferencista dominical- los conceptos psicoanalíticos, en una versión de *vulgata* que a la vez hacía fruncir el

ceño y curvar las comisuras de los labios a Freud. Un punto de encuentro muy concreto, como sea, lo promovió la obra y la personalidad de Dostoievski: en su*Dostoievski y el parricidio* (1928), Freud no sólo menciona la propia biografía del novelista ruso elaborada por Stefan Zweig (integrada en su compilado *Tres maestros*, de 1920), sino que además apela a la propia narrativa del autor ilustrando sus tesis con el relato *Veinticuatro horas en la vida de una mujer*, al que incluso llega a denominar "pequeña obra maestra".

¿Puede hablarse entonces de una amistad entre estos notables personajes? Al correr del epistolario, entre anécdotas y confesiones, vamos advirtiendo que más bien se trata de un afecto interesado y algo unilateral. Stefan Zweig le envía libros a Sigmund Freud, lo desagravia y lo homenajea, lo cita y lo aplica, le presenta amigos notables (Romain Rolland, Salvador Dalí), le gestiona premios y le dedica páginas, hasta que en la hora postrera despide públicamente sus restos mortales. Si Thomas Huxley fue apodado el "bulldog de Darwin", de Zweig casi podría decirse lo mismo respecto de Freud, o al menos algo semejante. Por el lado de Freud, en cambio, cuando la relación irrumpe en su vida ya es un consagrado, aun con toda la cuota de incomodidades y escarnio público que eso le significa (y que ciertamente parece ser lo que más atrae la atención casi morbosa de su corresponsal). Sin duda el psiquiatra corresponde al afecto de su admirador, pero lo hace a distancia, sin ahorrarse críticas, con ese típico gesto a mitad de camino entre quien está pensando siempre en otra cosa y quien no quiere expresar abiertamente sus sentimientos, un gesto que –como bien sabemos- privó al doctor Sigmund Freud de amigos y discípulos durante toda su polémica existencia, sobre todo entre sus colegas (Wittels, Jung, Adler, Rank… la lista es larga). Véase, si no, la carta del 17 de febrero de 1931, con ya más de dos décadas de amistosos intercambios por detrás, donde el especialista recrimina al divulgador su ignorancia respecto del psicoanálisis, sin dejar de celebrar lo mucho que ha estado aprendiendo últimamente… ¡y sin dejar de desearle muy felices vacaciones!

La relación singular que este volumen cubre se extiende desde mediados de 1908 hasta la muerte de Freud, a mediados de 1939 (el infatigable

optimista Stefan Zweig curiosamente se quitaría la vida en Brasil, tres años después), y está documentada por todas las cartas conservadas que ambos se intercambiaron (algunas epístolas, lamentablemente, se han perdido para siempre), incluyendo comunicaciones con Anna, la hija de Freud, y el discurso fúnebre que Zweig pronunciara en Londres, último destino común para dos judíos que alguna vez habían sido ilustres ciudadanos austro-húngaros y ahora eran exiliados sospechosos en suelo británico. En vista del carácter netamente circunstancial de estos escritos, surgidos siempre de necesidades concretas y a veces hasta apremiantes, para esta versión en español hemos normalizado la redacción, hemos corregido pequeños deslices (salvo cuando estos no son tan pequeños), y hemos agregado notas que pretenden esclarecer los contextos o ampliar las referencias culturales y los implícitos, abundantes en un trato casi cotidiano. Pues en las páginas que siguen no comparecen, para bien o para mal, ni el magistral prosista *best-seller* ni el agudo científico revolucionario, sino algo así como dos viejos conocidos que por momentos se quitan sus respectivos y pesados disfraces y, ya sin mayores pretensiones de originalidad ni de estilo, condescienden a una vida cotidiana. O quizás no tanto…

Hemos recogido el texto tal como fuera publicado por primera vez íntegramente en: Stefan Zweig,*Briefwechsel mit Hermann Bahr, Sigmund Freud, Rainer Maria Rilke und Arthur Schnitzler*, editado por J. Berlin, H.-U. Lindken y D. Prater, Frankfurt am Main, S. Fischer, 1987. También tomamos de allí el texto del discurso fúnebre, que por lo demás ya había sido publicado en el compilado de Stefan Zweig*Zeit und Welt. Gesammelte Aufsätze und Vorträge 1904-1940*, editado por Richard Friedenthal, Estocolmo, Bermann-Fischer, 1943. Mediante la convencional partícula "[sic]" marcamos, a título ilustrativo, sólo algunos de los errores de redacción de los muchos que señalan los editores del texto original, y que son fácilmente atribuibles a las propias condiciones de la redacción epistolar. Y adoptamos por título la bella expresión que emplea Zweig al final de su carta del 8 de septiembre de 1926, cuando le dice a su corresponsal "usted es aún el factor decisivo en la invisible lucha por el alma [*Seele*]. Sigue siendo el único que nos explica creativamente la mecánica de lo espiritual [*die Mechanik des Geistigen*]". Sólo podemos

conjeturar sobre cómo reaccionaba Freud ante el uso que Zweig hacía de ciertos términos tan delicados.

Cabe agradecer por último a los amigos Leopoldo Kulesz, Rogelio Fernández Couto, José Milmaniene y Gerardo Miño, que inspiraron o promovieron generosamente este libro en diversas instancias.

---

[1] Cfr. J. Cremerius, “Stefan Zweig Beziehung zu Sigmund Freud”, en *Freud und die Dichter*. Freiburg i. Br., 1995, Kore Verlag.

Sigmund Freud - Stefan Zweig

“La invisible lucha por el alma”.

Epistolario completo (1908-1939)

3/5/1908

Viena, IX, Berggasse 19 [2]

Muy estimado doctor:

Me he ausentado de Viena durante los primeros días de la semana pasada y al regresar a casa descubrí, gracias a la correspondencia, que hace tiempo le debo el agradecimiento por su amable envío [3]. Por la lectura de las *Tempranas coronas* sé que es usted un poeta[4]; y los versos hermosos y de magnífica fluidez que resuenan cuando abro el libro me prometen una hora de intenso placer, que pronto arrebataré a mi molesto trabajo. Vislumbro el contexto y sospecho que tendrá la compasión de hacer morir al hombre que, según el antiguo poeta, regresó sano y salvo de Troya.

Reciba otra vez mi sincero agradecimiento.

Su cordial servidor,

Freud

4/7/1908

Viena, IX, Berggasse 19

Estimado doctor:

Muchísimas gracias por el *Balzac*, que terminé de leer en un suspiro[5]. Uno se ve arrastrado al torbellino que usted desea mostrar. El hombre le sienta bien; no sé quién era su Napoleón, pero de la pulsión de dominio de ambos ha recibido usted una buena porción, que ejercita en el lenguaje. Durante la lectura me resultó imposible quitarme de la cabeza la imagen de un osado jinete montado en un noble corcel. Me hallo fácilmente dentro de sus ideas, como si fueran conocidos míos

Tersites resultó muy bello, embriagador en ciertos aspectos, ¿pero por qué todos y cada uno de los personajes se ven llevados tan al extremo y el héroe resulta tan caricaturizado? A alguien prosaico como yo le resulta fácil preguntar de todo.

Me parece muy bueno de su parte que se tome el trabajo de enviarme sus obras y me pregunto cómo puedo devolvérselo con algo propio, claro que de un valor completamente distinto.[6]

Su cordial servidor,

Freud

7/ dic./1911

Viena, IX, Berggasse 19

Estimadísimo doctor:

Acepte mi más ferviente agradecimiento por el envío de sus refinadas y psicológicamente significativas historias para niños[7]. Lamentablemente, el gran círculo de lectores presente en mi casa me ha arrebatado el libro después de haber podido leer apenas la primera historia. Aunque quizá no le siente mal el haber ganado tantos jóvenes lectores en lugar de uno adulto.

Con el mayor respeto, su servidor,

Freud

19/oct./1920 [8]

Viena, IX, Berggasse 19

Muy estimado doctor:

Ahora, que finalmente me encuentro un poco más tranquilo, recuerdo el deber de agradecerle por el hermoso libro que encontré al llegar y que he leído con extraordinario placer en medio del tumulto de las dos semanas pasadas (de lo contrario no necesitaría escribirle nada en absoluto sobre ello)[9]. La perfección de su identificación sumada a la maestría de la expresión verbal deja la impresión de una rara satisfacción. Me interesaron muy especialmente las acumulaciones y escaladas con las que sus frases se aproximan a la esencia más íntima de lo descripto. Es como la acumulación simbólica del sueño, que hace que lo oculto se entrevea cada vez más.

Si tuviera que juzgar su exposición con una vara especialmente severa, diría que el desafío de Balzac y Dickens está totalmente cumplido. Pero eso no era tan difícil, pues son tipos lineales y sencillos. Con el complicado ruso, sin embargo, no es posible obtener un resultado tan satisfactorio[10]. Aquí se ven lagunas y acertijos sin resolver. Permítame poner en discusión ciertos materiales al respecto, tal como están a disposición de un lego como yo. Puede que el psicopatólogo, siempre rendido ante Dostoievski, aquí tenga cierta ventaja.

Creo que no tendría que haber dejado a D. con su supuesta epilepsia. Es muy poco probable que haya sido epiléptico. La epilepsia es una afección cerebral orgánica externa a la constitución psíquica, y normalmente se asocia a una disminución y simplificación del rendimiento mental. Hay sólo un único ejemplo de la aparición de esta enfermedad en un hombre conocido por su magnitud espiritual, y ello afecta a un gigante del intelecto, cuya vida sentimental poco se conoce (Helmholtz[11]). Todos los otros genios de los que se dijo que tenían epilepsia eran, en verdad, histéricos. (El fantasioso Lombroso todavía no entiende cómo hacer este diagnóstico diferencial.[12]) Esta diferencia, sin embargo, no es ningún tipo de pedantería médica, sino algo absolutamente esencial. La histeria proviene de la propia constitución psíquica, es una expresión de la misma fuerza originaria y arcaica que se desarrolla en el genio artístico. Aunque también es síntoma de un conflicto irresuelto, particularmente potente, que hace estragos entre estas inclinaciones originarias y luego desgarra la vida psíquica en dos campos. Creo que D podría haberse construido totalmente en base a su histeria.

Por más tremendamente grande que pueda ser el factor de una predisposición constitutiva en una histeria como la de D, sigue siendo muy

interesante que el otro factor sobre el cual se basa nuestra teoría sea comprobable también en este caso. En alguna biografía de D cierto pasaje me mostró que el posterior sufrimiento de este hombre se relaciona con un castigo que su padre le aplicó cuando era un muchacho, bajo muy graves circunstancias (me viene a la mente la palabra "trágicas", no sé si acertada)[13]. Naturalmente, por "discreción" no se dice de qué se trata. A usted le resultará más fácil que a mí localizar ese pasaje. Esta escena infantil -al autor de *Primeras vivencias* no tendré que presentárselo como algo verosímil- fue la que le dio la fuerza traumática de repetirse como ataque a las escenas posteriores antes de su ejecución, y desde ahí toda la vida de D está dominada por la doble actitud hacia el padre (hacia su autoridad): el voluptuoso sometimiento masoquista y la escandalosa sublevación en su contra. El masoquismo incluye el sentimiento de culpa que insta a la "redención".

Lo que usted –evitando el neologismo- llama "dualismo" en nuestro círculo se denomina ambivalencia. Esta ambivalencia del sentimiento es también una herencia de la vida psíquica de los primitivos, aunque permaneció mucho mejor conservada en el pueblo ruso, más fácil de hacerse consciente que en cualquier otra parte (tal como pude exponerlo hace ya algunos años en la detallada historia clínica de un paciente propiamente ruso). Puede que esta fuerte predisposición a la ambivalencia, asociada al trauma infantil, haya determinado la inusual intensidad de la enfermedad del histérico. También son muy claramente ambivalentes los rusos no neuróticos, así como los personajes de D en casi todas sus novelas.

Hay que remitir casi todas las peculiaridades de su obra literaria, de la que a usted no se le escapa casi nada, a su disposición psíquica (que para

nosotros es anormal pero para los rusos es más habitual), o mejor dicho: a su constitución sexual, lo que en detalle sería muy bello de mostrar. Todo lo que atormenta y extraña, en primera línea. No se puede entender a Dostoievski sin psicoanálisis, lo que significa que no lo necesita, ya que él mismo lo explica con cada personaje y con cada frase misma. Que justamente *Los hermanos Karamazov* traten el problema más personal de D, el parricidio, y que su trasfondo sea la proposición analítica de la equivalencia del hecho y de la intención inconsciente, sería sólo un ejemplo. Incluso la particularidad de su amor sexual, que es o ardor instintivo o compasión sublimada; la incertidumbre de sus héroes, que no saben si aman u odian, ni a quién aman, ni cuándo aman, etc., todo ello señala el particular sustrato del que surge su psicología.

No tengo ni que preocuparme de que usted malentienda que esta acentuación de lo denominado patológico pretende reducir o esclarecer la magnificencia de la creación poética de D. Concluyo esta carta, de todos modos ya demasiado larga, por ser aconsejable un tratamiento paciente del tema, y no por haberse agotado el material. Con reiterado agradecimiento y un cordial saludo, suyo,

Freud

3/nov./1920

Salzburgo, Kapuzinerberg 5 [14]

Muy estimado profesor:

La demora en agradecerle recién hoy su honda y (para mí) muy valiosa carta se debe únicamente a que ayer regresé a Salzburgo luego de haber

viajado durante tres semanas por unas conferencias[15]. Puede imaginarse cuán interesante me resulta su opinión sobre el cuadro patológico de Dostoievski, ya que obviamente, frente al mío, posee el valor de la experiencia en la materia. Sé que a Dostoievski no le resultaba desconocida esta forma de aparente epilepsia; la presentó en su Smerdiaekov[16], donde dejó entrever que hay personas que hasta cierto punto poseen la capacidad de reproducir (más o menos) la enfermedad conscientemente, a gusto y voluntad. Incluso creo que, de hecho, en él se hacía presente una misteriosa sensación placentera de *deseo* luego de ciertas formas de ataques: aquí se muestra, seguramente, uno de los secretos más tentadores que existen para los patólogos.

Me avergonzó y me alegró por igual ver cuánto esfuerzo ha invertido usted en mi estudio; sepa por favor que sé apreciar un entusiasmo tal con un agradecimiento de lo más íntimo. Pertenezco a una generación intelectual que en materia de conocimiento a casi nadie debe tanto como a usted, y siento, con esta generación, que se acerca el momento en el que toda la importancia fundamental de su descubrimiento de la psiquis se convertirá en patrimonio común, en ciencia europea. Me llegan cartas de Inglaterra y de Norteamérica preguntándome por usted y por su trabajo; quizás, paulatinamente, se haga evidente también en nuestra patria el modo en el que infinitamente nos ha enriquecido. Y espero que pronto se me presente la ocasión de declarar esto abierta y completamente[17].

Con agradecido respeto, su servidor,

Stefan Zweig

Viena, 27/X/1922 [18]

Querido doctor:

He recibido su bello libro[19], que será leído “con placer”. Lo manuscrito que venía adentro es por lejos inmerecido[20].

Cordialmente suyo,

Freud

Por el momento, *Viena*, IX, Garnisonsgasse 10

[Principios de mayo de 1924]

Muy estimado profesor:

Romain *Rolland*[21], que está por algunos días en Viena, me ha solicitado comunicarle su deseo de poder visitarlo y preguntarle en qué momento sería bien recibido. Me honra, respetado profesor, poder transmitirle a usted la solicitud de Romain Rolland: ojalá no exista ningún impedimento que contraríe su íntimo deseo de poder conocerlo personalmente.

¿Puedo pedirle que envíe la respuesta o a él mismo (Linke Wienzeile 4, casa de Rieger[22])[23] o a la mía (Garnisonsgasse 10)? Por teléfono, sólo me encuentro disponible a la mañana, entre las 8:30 y las 9:30, ya que suelo acompañarlo (Nº 16327).

Con cuánto gusto aprovecho esta ocasión, estimado profesor, para poder expresarle otra vez mi afectuoso cariño y mi profunda veneración.

Su sincero servidor,

Stefan Zweig

Viena, IX, Berggasse 10

11/V/1924

Querido doctor:

Cuando leí en el periódico que R. Rolland estaba en Viena, rápidamente surgió en mí el deseo de poder conocer en persona a ese hombre tan respetado de lejos. Pero no sabía cómo acceder a él. Tanto más me alegré cuándo usted me comunicó que él deseaba visitarme, y me apuro a formular mis propuestas para nuestra futura reunión. Mi día me deja libre entre las 14:00 y las 16:30, por lo cual, si me lo hacen saber con anticipación, podría esperarlos a ambos el martes dentro de este lapso. Pero para mí sería mucho más deseable si a la noche, alrededor de las 20:30 (después de la cena), pudieran tomar una taza de té conmigo, en mi círculo más estrecho. Excepto por las mujeres de mi casa, nadie más estará presente. Una visita a esta hora podría ser ya este lunes.

Lamento mucho escuchar que Rolland necesite de cuidados especiales. Cuento con su participación, por lo tanto, ya que este último medio año mi habla ha quedado seriamente perjudicada por una operación, y en especial mi francés podría ser absolutamente inútil para una conversación[24]. Asimismo, en esta ocasión tengo la intención de hacerle una petición personal.

Cordiales saludos a usted y a su gran amigo. Suyo,

Freud.

IX, Garnisongasse 10

Lunes [12 de mayo, 1924]

Muy estimado profesor:

¡Muchas gracias por sus buenas noticias! Durante las próximas veladas Rolland estará asistiendo a un festival de música[25], y por razones de salud, luego de allí, debe regresar inmediatamente a su casa. Por lo tanto, le es posible visitarlo *el miércoles pasadas las 2*, y si le cuento la alegría que siente al poder visitarlo, entonces no debo callar la mía al acompañarlo y así poder verlo a usted una vez más, estimado profesor. Fiel en su íntimo respeto, su servidor,

Stefan Zweig

Viena, IX, Berggasse 10

5/XI/24

¡Querido y estimado doctor!

Cela va sans dire![26] Si para usted es, de algún modo, una necesidad unir mi nombre a su trabajo y si no le preocupa darle a este hijo un padrinazgo poco provechoso para el resto de su vida, entonces nada tengo en contra[27]. Sentiré su dedicatoria sólo como un honor, y leeré su trabajo con el mismo interés -y seguramente con el mismo placer- con el que leí su obra anterior[28].

Le agradezco por sus buenos deseos y le auguro una ininterrumpida productividad y un hermoso éxito. Suyo,

Freud

Con cordiales saludos,

Anna Freud[29]

Viena, IX, Berggasse 19

14/4/1925

¡Querido doctor!

¡Muchísimas gracias por el hermoso libro[30]! Leí por completo y de un tirón el primer ensayo, sobre Hölderlin, probablemente el más elaborado; intercalé sólo algunas pausas para poder respirar y reflexionar.

He de decirle una vez más que usted puede lograr a través del lenguaje algo que, hasta donde yo sé, ningún otro puede. Usted sabe ajustar tanto la expresión al tema que sus más finos detalles se tornan accesibles, haciendo que uno crea comprender cualidades y relaciones que hasta ahora nunca nadie había puesto en palabras. Tiempo atrás, me había mortificado encontrar una comparación para su estilo de trabajo; ayer, finalmente, se me ocurrió, al evocar la visita de un amigo que es arqueólogo y epigrafista. Es el mismo procedimiento que se realiza cuando se copia una inscripción en papel. Tal como es sabido, se apoya un papel húmedo en la piedra, obligando al blando material a que se adapte a las más pequeñas

incisiones de la superficie escrita. No sé si esta comparación le resultará satisfactoria.

Mi reconocimiento es tanto mayor cuanto no existe ningún procedimiento exacto para lo que usted describe, y esta carencia, por lo tanto, debe ser superada a través del uso de diversas comparaciones con otros campos de percepción.

En relación al problema fundamental, la lucha con el demonio, habría mucho para decir, y es demasiado vasto para ponerlo por escrito[31]. Nuestro sobrio modo de luchar contra el demonio es ciertamente describirlo como un objeto comprensible para la ciencia.

Con cordiales saludos, suyo,

Freud

Kapuzinerberg 5

Salzburgo, 15/IV/1925

Estimado profesor:

Me emociona y me honra que usted, tan atareado con cuestiones tan importantes, haya tomado enseguida mi libro; sus palabras significan mucho para mí. Si puse su nombre en el libro, no fue solamente por agradecido respeto: varios capítulos, como “La patología del sentimiento” en Kleist o “La apología de la enfermedad” en Nietzsche, no habrían podido ser escritos sin usted. Con esto no quiero decir que hayan sido producto de métodos psicoanalíticos, pero usted nos ha enseñado el *coraje*

de acercarnos a las cosas *sin temor* y abordar tanto lo más exterior del sentimiento con lo más interior sin falso pudor. Y el coraje es necesario para la verdad: eso lo prueba su trabajo como casi ningún otro de nuestra época.

Ojalá pueda visitarlo otra vez en Viena; mis ansias son grandes, aunque el respeto que siento por su tiempo es aun mayor.

Muchos recuerdos a su estimada señorita hija.

Respetuosamente fiel, suyo,

Stefan Zweig

3/6/1925

Viena, IX, Berggasse 19

Muy estimado doctor:

Ya he enviado mi contribución para el *Liber amicorum* de R. Rolland[32].

Sólo me queda una pregunta: en su solicitud no se hablaba de contribuciones económicas. ¿Cómo será solventada la publicación? Naturalmente, querría pedirle que me indique el importe de la contribución para afrontar los gastos.

Un cordial saludo, suyo,

Freud

Kapuzinerberg 5, Salzburgo

15/Junio/1925

Muy estimado profesor:

Acabo de volver del Festival Händel, en Leipzig[33], y encuentro su carta, con gran satisfacción. ¡Qué grato que haya hecho usted una contribución! Desde luego, no es necesario ningún tipo de aporte; por el contrario, la obra servirá a propósitos caritativos, dado que se presentan nombres como el suyo.

Quizás le resulte grato saber que mi libro, que se honra por su dedicatoria a usted, va por buen camino: los primeros diez mil ejemplares ya se han agotado y antes de Navidad habrá una nueva tirada.

Pienso en usted a menudo y siempre con el más sentido deseo respecto de su salud y su obra. Salude, por favor, a su estimada hija y conserve su buen corazón. Su fiel servidor,

Stefan Zweig

Viena, IX, Berggasse 19

5/II/1926

¡Estimado Doctor!

Acaba de cumplirse el aniversario de Romain Rolland[34]. El *Liber Amicorum* ya debe haber aparecido. No he recibido ningún ejemplar y no me asombraría oír que no tengo que esperar ninguno. Pero me gustaría

saber si apareció, ya que quiero poseerlo. Me dirijo a usted, también, para preguntarle si la editorial tiene la intención de enviar el libro a aquellos que contribuyeron con él, como sería obvio. Es una pregunta, de ningún modo una petición.

Con un saludo cordial, suyo,

Freud

Salzburgo, 6/5/1926[35]

celebre usted estimado este día festivo feliz sano y con justificado orgullo por sus imperecederos logros

stefan zweig

---

doctor stefan zweig salzburgo

kapuzinerberg Viena,
8/5 [1926][36]

gracias de corazón no podría ser más digno y valioso suyo = freud[37]

Semmering[38]

Viena, IX, Berggasse 19

4/sept./1926

Querido doctor:

Casi desearía no haber conocido nunca al Dr. Stefan Zweig[39] en persona ni que él se hubiera comportado tan amable y respetuosamente hacia mí. Pues ahora sufro por la duda de si mi juicio no estará confundido por una simpatía personal. De haber llegado a mis manos cierto tomo de narraciones de un autor desconocido para mí, sin vacilaciones ni lugar a dudas afirmaría que he dado con un creador de primer rango y de un logro artístico supremo[40].

En verdad creo que estas tres novelas cortas –más estrictamente: dos de ellas- son obras maestras. La primera ya me resultaba conocida, en algún momento le había objetado un detalle que ahora no pude volver a encontrar[41]. Había despertado en mí un particular interés porque admite una interpretación analítica, e incluso exige tal interpretación, y porque, en contacto con usted, me pude convencer de que no sabe nada de este sentido secreto mientras que lo ha puesto en palabras con un impecable disfraz. Probablemente usted no reconozca tal posibilidad interpretativa, o quizás la deteste, pero yo no la puedo negar, y esta vez incluso la he desarrollado larga y exhaustivamente. El análisis nos permite suponer que la gran –y aparentemente inagotable- riqueza de los problemas y situaciones tratados por el poeta se puede remitir a un pequeño número de "motivos originarios", que en su mayoría proviene de vivencias reprimidas de la vida psíquica infantil, de modo que estos poemas se corresponden con reediciones disfrazadas, embellecidas y sublimadas de aquellas fantasías de la niñez. Esto es especialmente sencillo de demostrar en la primera novela corta. Cuando se expresa sin rodeos el núcleo desconocido, entonces resulta repugnante. El motivo es el de la madre que, al entregar su propia persona, inicia al hijo en el contacto sexual para salvarlo de los peligros del onanismo, que al niño se le aparecen como peligros gigantes que amenazan su vida. ¡Muchas personas recuerdan -incluso

conscientemente- haber tenido semejantes fantasías en sus años de pubertad! En el inconsciente nunca están ausentes. Están en la base de todas las ficciones de redención, por ejemplo en las óperas de Wagner[42]. En la elaboración poética, el onanismo debe ser sustituido por otra cosa pues es completamente inútil; en su narración, el juego es el sustituto adecuado. La obligatoriedad, la irresistibilidad, las reincidencias a pesar de las más firmes intenciones, el peligro que amenaza a la vida, son rasgos directos del antiguo modelo. La primera denominación que el onanismo había encontrado en el ámbito infantil fue la del "juego": un juego peligroso, se le decía al niño, en el que o se enloquece o se muere; y el énfasis que usted, con tan inquietante maestría, pone en las manos y en la actividad de éstas es verdaderamente revelador. En la masturbación, las manos sí que ponen en funcionamiento su función genital. En su novela corta, el rol del hijo del joven jugador está tan evidentemente señalado que resulta difícil creer que no haya obedecido a ningún propósito consciente. Pero yo sé que no fue así y que usted dejó trabajar a su inconsciente. Así, por ejemplo, el joven polaco tiene 24 años, exactamente la misma edad que tenía el hijo mayor de la mujer de 42 años, que se había casado a los 17 años.

Si al comienzo de la narración aparece la frase según la cual toda mujer está abandonada a imprevisibles impulsos, ésta es precisamente la fachada que al menos no está destinada a negar el inconsciente. Contra eso, el contenido de la novela corta muestra que dichos impulsos son completamente determinables. La viuda, decidida a mantener la fidelidad, se preocupa por protegerse de las tentaciones que provienen de otros hombres. Ella no sabe que como madre también tiene una fijación libidinal con su hijo que está latente, y que en esa zona inadvertida puede jugarse su destino. En la narración eso está expuesto de una manera

absolutamente correcta, pero lo que yo digo es analítico y no hace debida justicia a la búsqueda de la belleza propia de la obra.

La segunda novela corta decae un poco, en cambio. Se percibe una participación personal menor por parte del poeta. El motivo analítico no necesita de ninguna interpretación, está bien claro: los celos del padre respecto de la sexualidad de la hija adolescente, que en tiempos originarios era su objeto sexual, su propiedad. Pero este motivo nos incita a una toma de partido involuntaria y hostil. Nos encontramos con que la pretensión del padre ha caducado, que no es ciertamente rival para el joven, que verdaderamente cumplió con su deber y se volvió superfluo una vez que proveyó económicamente a las mujeres. Por lo tanto su destino puede resultarnos indiferente.

En la tercera novela corta tampoco hay nada para interpretar. El motivo originario es claro: el hombre que ofrece su amor a otro. Pero un problema se interpone en esta situación, al menos para muchas personas, para todas los que se consideran normales. ¿Por qué el hombre no puede aceptar el amor físico del hombre aun cuando se siente psicológicamente de lo más ligado a él? No iría en contra de la naturaleza del *eros*, que celebraría un triunfo especial con la superación de la rivalidad natural entre los hombres (suspensión de la envidia). Además, desde el punto de vista evolutivo el amor de hombre a hombre sería más fácil, probablemente resultaría más satisfactorio ya que no necesitaría superar esos últimos restos de extrañeza entre el hombre y la mujer y carecería de toda añadidura de sadismo que envenena la relación entre ambos sexos. Tampoco está contra la "naturaleza" masculina, ya que ésta es bisexual; incluso esta incapacidad no siempre existió, sólo a nosotros nos parece actual, tampoco a todos. Donde existe es insuperable. Quien se topa contra ella sufre sin esperanza

alguna. ¿Cuál es el fundamento de este rechazo aparentemente elemental y empero incomprensible a través de los elementos? No se sabe y la narración no hace ningún intento por descubrirlo. Seguramente con razón. Apunta a la antigua relación con el padre, muestra la búsqueda de compensación por medio de una forzada exageración de la virilidad, pero se conforma con exponer el problema tal como se lo encuentra.

Esta representación transcurre con tal arte, franqueza, amor por la verdad y sinceridad, tan libre de toda hipocresía o sentimentalidad de época, que reconozco de buena gana no poder imaginarme un mejor resultado[43]. Aunque este elogio está listo para volverse un reproche. Este arte de la representación, que sabe ceñirse a cada pliegue del tema y hace perceptible cada matiz del afecto, podría estorbar el efecto en el lector. No le deja nada para adivinar o para completar y la admiración por el que representa casi se pone por delante del interés por lo representado.

La crítica apenas le hará justicia a este logro. No alcanzará la honradez del poeta y desplazará el acento a una cuestión secundaria, buscará "la confusión de los sentimientos" en la relación amorosa con la mujer del respetado profesor. Pero en este contexto, la mujer es sólo una figura contrastiva. El conflicto se basa únicamente en que el muchacho querría corresponder al amor del hombre pero no puede hacerlo por una íntima prohibición inexplicable.

Cuando comparo sus novelas con las obras de aquel hombre en el que hemos reconocido la más profunda emoción gracias al inconsciente reprimido, surge una diferencia a su favor. D. es un neurótico perverso grave, en su producción se nota el empeño egoísta por descargar su tensión a través de una satisfacción al menos simbólica, y por eso aprovecha la

oportunidad de asustar y maltratar al lector. Usted es del tipo observador, que escucha, bienintencionado y afectuoso en pos de la comprensión de lo siniestramente excesivo. Usted no es en sí violento.

En lugar de pedirle disculpas por estos trocitos de vivisección, le agradezco y lo saludo. Cordialmente suyo,

Freud

Kapuzinerberg 5

Salzburgo, 8/sept./1926

Muy estimado profesor:

Además de su trabajo intelectual practica usted maravillosamente un gran arte, ¡el de avergonzar con su bondad! No sólo las palabras que me ha dicho, sino además el hecho de que usted, colmado y acosado por hombres y problemas, en su momento de descanso pueda mirar tan a fondo una obra que sin embargo le debe infinitamente tanto, de veras me desconcierta; ayer no pude tomar la pluma.

Permítame decirle claramente lo que yo y muchos otros le agradecemos: el *coraje* en la psicología. Como innumerables hombres de la literatura de toda una época, usted, de manera individual, *ha eliminado las inhibiciones*. Gracias a usted *vemos* mucho, gracias a usted *decimos* mucho de lo que, de lo contrario, no se habría visto ni dicho nada. Esto aún no está claro hoy en día, porque a nuestra literatura no se la ve ni históricamente ni en sus formas causales; dentro de una década o dos se reconocerá cuál era el contexto que de repente dio una audacia psicológica

distinta a Proust en Francia, a Lawrence y Joyce en Inglaterra, y a unos pocos alemanes[44]. Será su nombre. Y ya no negaremos a este grandioso fundador.

Hoy la psicología es para mí (usted entiende esto como ningún otro) verdaderamente *la* pasión de mi vida. Y en el futuro me gustaría, si llego lo suficientemente lejos, practicarla con el objeto más difícil: conmigo mismo. Incluso la autobiografía de la época post-freudiana ha de ser más clara y más osada que todas las anteriores. Estoy estudiando a Tolstoi en relación a eso; cada día se convence de ser osado y veraz. Pero se escapa de las verdades realmente *claras*. Hasta ahora esto jamás lo puso en grandes aprietos, y yo tengo muchas ganas de hacerlo. Entre los nuevos, fue *osado* (aunque sin suficiente conocimiento) Hans Jäger en la *Christianiaboheme* y en *Amor enfermo*[45]. También debería serlo el libro de Frank Harris[46], todavía inaccesible para mí. Pero creo que nuestro tiempo, que es productivamente débil, legará conocimientos y documentos: el coraje para ello hay que agradecérselo a usted.

No tengo otro deseo más profundo que el de que su salud siga estable y que su trabajo siga en aumento: usted es aún el factor decisivo en la invisible lucha por el alma. Sigue siendo el único que nos explica creativamente la mecánica de lo espiritual. Necesitamos su actividad más que nunca.

Con afecto, agradecimiento y respeto, su fiel servidor,

Stefan Zweig

Hôtel-Château Saint-Georges

Route de Fréjus – Cannes, 18/3/1927

Estimado profesor:

Dos días antes de mi partida, me atrevo a enviarle unas pocas palabras. Seguramente el Festival Beethoven[47] lo importunará también a usted con visitas. Sin embargo me permito presentarle a Jules *Romains*[48], no porque sea uno de los mejores poetas de Francia, sino porque habiendo sido el primer poeta francés que escribió aquel ensayo sobre su obra en la *Nouvelle Revue Française*, ejerció una fortísima influencia. Él irá al Festival Beethoven en Viena y la idea de poder verlo lo haría muy feliz.

Ojalá su salud le permita media hora con él.

¡Mi respeto está siempre y mis pensamientos están a menudo con usted!

Su leal servidor,

Stefan Zweig

---

1 de mayo de 1928

Viena, IX, Berggasse 19

Querido doctor:

Muchas gracias por su nuevo regalo[49]. Leer algo suyo siempre me significa un intenso placer. ¡Y qué fecundo y diligente es usted! Ha llevado a la maestría el don de comprender a los demás, aunque en verdad prefiero más al creador (*Confusión de los sentimientos*). Detecto una gran modestia interior en usted, una cualidad rara en los artistas.

Con cordiales saludos, suyo,

Freud

Freud. Sanat. Schloss Tegel[50]

Berlín - Tegel [19/9/29]

Muchas gracias por su bello y nuevo envío[51].

Su muy servidor,

Freud

4/12/1929

Viena, IX, Berggasse 19

Muy estimado doctor:

Lo hago partícipe de mi asombro. Durante mi paseo diario de hoy me llamó la atención un gran afiche en el que un tal Ch. Maylan[52], con todos los recursos de la publicidad, se dirigía contra mí en una conferencia anunciada para el 7 de diciembre. Ahora bien, eso puede suceder, él es un necio malvado, un fanático ario; estuvo en Berlín, donde buscó formación psicoanalítica, y fue despedido por anormal e inservible; a partir de ahí, probablemente para vengarse y hacerse famoso rápido, publicó un libro pseudoanalítico sobre mí al que el Dr. Drill[53], en el *Frankfurter Zeitung*, calificó simplemente como una "bajeza"; por medios engañosos, obtuvo

de la Profesora Schmutzer[54] el permiso para reproducir mi imagen, me ha escrito cartas que son una rara mezcla de humildad y desfachatez, etc.

En el afiche resaltan tres recomendaciones acerca de sus libros. Arriba de todo está la de C. G. Jung[55], la de abajo es anónima, de un diario berlinés, y la del medio es suya. ¿Cómo sucedió esto? ¿Usted leyó el libro? ¿Se le escapó la intención de éste? ¿Cómo se dejó tomar el pelo por este hombre? ¿O es éste verdaderamente su parecer?

Dada nuestra relación cercana, me gustaría saberlo por usted.

Su cordial servidor,

Freud

Salzburgo, 6/XII/1929[56]

Kapuzinerberg 5

¡Muy estimado profesor!

Lo que me informa en su atenta carta me resulta *en extremo* lamentable. No conozco al tal señor Maylan ni nunca hablé en público sobre su libro. Me lo mandó hace un tiempo con una carta, lo miré más o menos, *no muy detenidamente*, y en especial porque vi su imagen en la primera página y vi que se ocupaba principalmente de usted. Entonces le escribí que el libro era importante para mí en ese momento porque yo mismo estaba ocupado con un gran trabajo sobre usted, que encontraba interesante aplicarle el método al autor, pero que la manera en que lo hacía me parecía algo extraviada. Después recibí una carta del señor Maylan en la que me

preguntaba si podía especificar qué entendía por “extraviado”. No le contesté a eso, y ahora usted me informa, para mi asombro, que él sacó frases corteses de mi carta de agradecimiento por el libro recibido y que las puso en un afiche. No tengo ni idea de cuáles frases sacó y naturalmente no puedo recordar qué le escribí. Pero este abuso de arrancar por separado palabras de las cartas es *verdaderamente intolerable* y le exigiré a este señor abstenerse inmediatamente de ello. ¡Hay que ser de veras prudente!

Le agradezco sinceramente, estimado profesor, que en ningún momento haya creído que yo estaba al tanto de estos manejos. Jamás he estado más cerca de usted y de su obra que en este momento, por eso debió haber resultado interesante una tergiversación y ampliación de su trabajo al momento de leer (ahora quiero ocuparme seriamente de ese libro). Acaso esté personalmente molesto por ciertas malas interpretaciones de su doctrina. Nosotros, desde afuera, vemos el asunto de un modo diferente, nosotros sabemos que tales excrecencias y ramificaciones se producen en toda obra, que todos estos colgajos en el transcurso del tiempo cuelgan pero en otro sentido: verdaderamente se caen como hojas marchitas y sólo permanece el verdadero tronco, la forma. Acabo de leer 40 o quizás 50 folletos contemporáneos a Mesmer[57], todos en su contra; la mayoría de ellos primero habían servido a su teoría, todos juntos sólo despertaron el interés, y de todos ellos no quedó nada más que el hombre de ideas creativas. En este trabajo sobre Mesmer encontrará usted múltiples paralelos con su propio destino; me parece realmente fatalista que en la misma ciudad, casi exactamente 100 años después, la curación psíquica haya tenido que volver a fundarse, y que los académicos y profesores de 1785 tuvieran una desesperante semejanza con los de 1885. Espero que la concepción del libro le resulte interesante: para mí Mesmer es Colón, el

descubridor del método de la curación psíquica, pero también es Colón en el sentido en que hasta el final de su vida creyó haber descubierto la ruta marítima hacia la India, cuando en realidad había encontrado América. Me gustaría plantear propiamente, a diferencia de otros, cómo es que tenía en las manos el fenómeno de la sugestión y la hipnosis sin conocerlo ni comprenderlo, porque tenía los ojos vendados por sus alucinaciones medievales acerca del magnetismo. Pero habrá que demostrar, primero, que Mesmer jamás ha sido un charlatán, sino un hombre idealista y honrado que se dedicaba a la investigación, y segundo, que las academias y universidades lo juzgaron de un modo obtuso y envidioso durante 100 años.

Al gran ensayo sobre Mesmer le sigue un interludio sobre *Mistress* Eddy[58] –mitad en serio, mitad cómico-. Y la segunda parte del libro es el trabajo que he estado planificando por años sobre usted y su obra, a saber: la intuición de Mesmer y su conocimiento del método de curación psíquica, la "curación por el espíritu", como se titulará el libro.

Ya le avisé a su estimada señorita hija que debería volver a trabajar durante una o dos semanas en el Archivo Psicoanalítico de Viena y que quizás necesite tener a disposición determinados materiales privados. Para la analogía con Mesmer necesito justamente los documentos de resistencia, de burla, de rechazo, los documentos sobre el comportamiento de las universidades, la mofa tanto desde los panfletos como desde los escenarios, y para eso espero la ayuda de sus amigos. Hoy tengo el curso del trabajo absolutamente en claro y quizás no sea arrogante decir que he de subir la vara de la mayoría de las reflexiones. Me he comprometido menos con la curación en sí que con el efecto mundial, la transmutación de todo el cuadro moral y espiritual que provoca este descubrimiento.

Le agradezco una vez más, querido y estimado profesor, que en este asunto no me haya atribuido responsabilidad alguna; ya mismo he de darle mi opinión clara y sencilla a ese señor.

Con profundo respeto, su viejo servidor,

Stefan Zweig

En marzo comenzaré mi gran estudio sobre su obra (para ese entonces habré terminado con Mesmer y la buena *Mrs*. Eddy) y espero concluirlo antes del verano[59].

7/12/1929

Viena, IX, Berggasse 19

Muy estimado doctor:

Seguramente no se ha equivocado sobre mi concepción del incidente. El abuso es bien típico de ese estafador, la traición no es propia de usted. En todo caso, subrayo su propia advertencia en pos de prudencia. Desde que el método norteamericano de la publicidad despiadada penetró en Europa, no se puede exagerar en la moderación de las propias declaraciones. Las palabras que se le atribuyen, que hoy copié de una columna de anuncios, rezan: “Extraordinariamente esencial. De visión más profunda y mayor conocimiento del misterio de los fundamentos originarios que la mayoría de los ensayados sobre Fr.”

Las noticias sobre la parte destinada a mí en su nuevo libro me resultan naturalmente más interesantes que la conferencia de M. Como no podría

apartarlo de sus propósitos, no me queda más que alentarlos. Nuestro director editorial, A. Storfer[60], ha reunido en el "archivo" unos "tesoros" de compilaciones de declaraciones contemporáneas que seguramente pondrá a su disposición. Procure que por ningún medio influyan en su postura. Pero me gustaría interceder un poco a favor de los círculos oficiales de Viena, lo cual va en desmedro de la analogía con Mesmer. Simplemente no se interesaron por mí y eso fue bueno ¿Qué podría haber hecho yo con una cátedra de psiquiatría o incluso de YA[61]? Habría sido un estorbo, algo inservible. Mal se comportaron en realidad mis discípulos, conocidos como los renegados: Jung, Adler y Stekel[62]. "Humanamente ordinarios", como dice Heine[63].

Cordialmente suyo,

Freud

Kapuzinerberg 5 [64]

Salzburgo

9 de diciembre de 1929

¡Muy estimado profesor!

Mi más profundo agradecimiento por su atenta carta. Debo confesarle que me alegro mucho por este trabajo y que además creo que la comparación con Mesmer sólo debe ser en términos de intuición y conocimiento, el primer intento *naive* que olfatea y presiente el problema pero no lo capta, y luego, cien años después, el verdadero avance. En el medio hay, según mi parecer, 100 años de casi nada más que malentendidos, indiferencia,

superstición y charlatanería. No sé si puedo ser tan osado de hacer uso una vez más de su tiempo en Viena y pedirle entonces que dentro de dos o tres meses lea también el ensayo sobre Mesmer. Quizás se me ha escapado algo. De él me seduce el trágico problema de un hombre que está a sólo unos centímetros del borde del verdadero conocimiento y en lugar de dar este último paso, sigue de largo; y además también me interesa defender su honor, ya que Mesmer nunca se convirtió en el embustero o en el vulgar mercachifle que dicen que fue: por el contrario, trabajó como un realista muy prudente, a pesar de sus ideas medievales. No fue un genio, pero estaba dotado de instinto y superaba en formación universal a todos los doctores. También me alegro mucho de haber podido terminar de sistematizar el material sobre su obra en el archivo del Dr. Storfer, y le agradezco a usted que me haya dado entera libertad para ello. Quizás aquello que para usted era lo más importante, el método curativo, para mí hoy ya no es lo más esencial de la obra. Creo que la revolución que usted ha provocado en lo psicológico y filosófico, y en toda la estructura moral de nuestro mundo, abarca mucho más que la parte meramente terapéutica de su descubrimiento. Pues todas las personas que no saben absolutamente nada sobre usted, cada persona de 1930 que tampoco escuchó jamás el nombre del psicoanálisis, hoy está indirectamente marcada por su transformación psíquica, y realmente se debe volver a *construir* la mentalidad psicológica de 1880 para hacer comprensibles los logros de este medio siglo. Por ello me son tan necesarios los documentos del asombro, la resistencia, el malestar, y no por el mezquino motivo de querer denunciar la oposición de aquel entonces. Al fin y al cabo, me he estado preparando por años para este trabajo, y aunque sólo lo logre en parte, sé que promueve algo esencial y que quizás pueda aportar un granito

de arena para el otorgamiento del Premio Nobel, sobre lo cual ya no debería vacilarse más.

Con antiguo y profundo respeto, su fiel,

Stefan Zweig

Salzburgo, 31/Dic./1929

Kapuzinerberg, 5

¡Muy estimado profesor!

Acepte usted mi más profundo agradecimiento por su excepcional trabajo[65], que me mantuvo ocupado estos días y que aún me mantendrá ocupado. Acabo de preguntar en el *Wiener Tageblatt* si tengo tiempo de poder manifestar unas palabras de admiración[66]. Aún no tengo respuesta pero espero poder explicar qué tan importante es a mi entender esta cúpula intelectual de su obra. Por hoy permítame limitar mi agradecimiento a estas rápidas palabras. Su tiempo es demasiado valioso como para leer cartas, y lo que tengo para decir, preferiría expresarlo ante muchos. Me hace muy feliz pensar que usted sea productivo en tan alta e intensa cantidad porque eso me da la garantía de su bienestar físico. Un análisis intelectual de este tipo sólo puede ser escrito en la plenitud de todas sus fuerzas.

Con profundo respeto, su fiel servidor,

Stefan Zweig

[Hamburgo, 12/8/1930] [67]

Estimado profesor:

Permítame manifestarle mi enhorabuena por la entrega del Premio Goethe[68]. Quizás allane el camino para el Premio Nobel, ya largamente merecido. Me he venido a Hamburgo antes del Festival[69] para poder bosquejar en calma mi ensayo sobre su persona: estará completamente terminado en septiembre, y si algo de él le deparara alegría, entonces el trabajo no habrá sido hecho en vano. Con leal estima, suyo,

Stefan Zweig

Hamburgo, Alsterglacis 10, en lo de Jaffé

Grundlsee

Viena, IX, Berggasse, 19

14/8/1930

Querido doctor:

Le agradezco sus amistosas palabras. El Premio Goethe fue una sorpresa para mí, hacía tiempo que mis esperanzas habían desistido de un reconocimiento público. Ahora permita que me alegre al leer el ensayo que usted bosqueja en Hamburgo, una ciudad que me es tan familiar[70]. No quiero unirme, a la edad de Matusalén, a la espera del otro premio con el que usted me quiere tentar. Admito haberlo deseado alguna vez; también existen los deseos abandonados.

Su cordial servidor,

Freud

[Barcelona, febrero de 1931] [71]

Estimado profesor:

Sepa usted disculparme muy bondadosamente por no poder enviarle mi libro en persona[72], pero estoy demasiado lejos como para hacerme enviar ejemplares desde Leipzig y pedí que se lo enviaran directamente a usted. Con leal estima, suyo,

Stefan Zweig

Antibes, Hôtel du Cap,[73]

[febrero de 1931]

Estimado profesor: espero que mi libro ya esté en su poder y deseo que no le encuentre demasiados errores. Lo saluda con el más profundo respeto su fiel servidor,

Stefan Zweig

17/2/1931

Viena, IX, Berggasse 19

Muy estimado doctor:

He recibido su último trabajo y lo leí de nuevo, en esta oportunidad, obviamente, con mucho mayor interés que sus fascinantes producciones anteriores. Si puedo compartir con usted mi impresión de un modo crítico, entonces me gustaría decir que la parte de Mesmer me pareció la más armónica, justa y elegante. También pienso como usted que la verdadera esencia de su hallazgo, incluyendo la sugestión, aún no ha sido examinada, y que aquí todavía queda espacio para algo nuevo. En cuanto a Mary E. B. [*sic*], me perturba que usted haya resaltado tanto su intensidad. Esto nos impresiona mucho menos a los que no podemos librarnos del punto de vista patológico. Sabemos que en sus ataques el frenético libera fuerzas de las que normalmente no dispone. En su representación no se valora ni lo demencial ni lo desenfrenado del episodio de Mary E. B., ni tampoco la tristeza indescriptible del trasfondo norteamericano.

Que a uno no le guste su propio retrato o que no se reconozca en él, es cosa común y sabida. Por eso me apresuro a transmitirle la satisfactoria impresión de que en mi caso haya alcanzado a reconocer lo más importante. A saber, que en la medida en que se consideran los logros, estos no fueron tanto cosa tanto del intelecto como del carácter. Ése es el núcleo de su opinión y yo mismo así lo creo. Aunque podría objetarle que ha acentuado en mí casi exclusivamente el elemento de corrección pequeñoburgués; el sujeto es algo más complicado. En su descripción no entra que yo haya tenido mis dolores de cabeza, o mi cansancio, como cualquier otro; que haya sido un fumador apasionado (me gustaría seguirlo siendo), que debía a los cigarros la mayor parte de su autocontrol y perseverancia en el trabajo; que con una simpleza elogiada por todos, haya traído muchas piezas para mi colección de antigüedades griegas, romanas y egipcias, y que en realidad haya leído más de arqueología que de psicología; que hasta la guerra y una vez cada tanto o una vez por año debí

pasar días o semanas en Roma, y cosas por el estilo. Por el arte menor sé que el formato obliga al artista a la simplificación y a la omisión, pero entonces surge fácilmente una imagen falsa.

Probablemente no me equivoco al suponer que usted era ajeno al contenido de la doctrina psicoanalítica hasta la redacción del libro. Tanto más reconocimiento merece que desde entonces la haya dominado tanto. Se lo puede criticar en dos puntos. Casi no menciona la técnica de la asociación libre, que muchos consideran como la novedad más significativa del psicoanálisis y que es la clave metodológica de los resultados del análisis, y me concede la comprensión de los sueños a partir del sueño infantil, lo cual no es históricamente correcto y sólo debe ser presentado de ese modo a efectos didácticos.

Incluso su última duda sobre si el psicoanálisis es apto para que la gente común lo practique se remite a cierto desconocimiento de la técnica. En los tiempos en los que el microscopio era un nuevo instrumento en las manos de los médicos, podía leerse en los manuales de fisiología cuáles raras características tenía que tener la persona que lo manipulara. Luego se reclamaron las mismas exigencias para los cirujanos, y hoy en día todos los estudiantes aprenden a utilizar el microscopio y son formados en las escuelas para ser buenos cirujanos. En ningún sector hay remedio para evitar que a todos no los hagan igual de buenos.

Con cordiales saludos en sus vacaciones, suyo,

Freud

Hotel Du Cap D'Antibes

Antibes, 20/2/1931

Muy estimado profesor:

Le agradezco hondamente sus palabras y le agradezco también que no ignore la dificultad que implica describir un trabajo aún en curso y cuyos efectos aún no han sido delimitados en modo alguno. No me incumbe en absoluto examinar críticamente el método o el sistema; carezco de la experiencia y de la osadía para ello. Lo que me propuse fue caracterizar aproximadamente la importancia del fenómeno, lo destacadamente excepcional de la figura y el resultado *en su conjunto.* Digo "aproximadamente" porque para una discusión abarcativa se necesitaban dos tomos. Con sólo lo que taché, podría haberse hecho uno.

Por favor, tampoco crea que fue por una osadía autoconsciente que en ciertos aspectos haya subrayado lo independiente, lo exterior del punto de observación. Habría sido un juego para mí ocultar un par de reparos y sustituirlos por generalidades, pero consideré importante -en el sentido del efecto político- poner a la figura muy por encima de todos los de su época y mostrar así que éste no es un ensayo "aprobado". Llamará su atención el hecho de que no haya nombrado en absoluto a todos los otros hombres a los que generalmente se lo asocia, y es que ninguno de ellos alcanzó la altura o la importancia de época como para siquiera aparecer próximo a sus logros. Nietzsche es el único nombre que yo mencionaría en este contexto. *Con eso* quería llegar a mostrar el *nivel* de sus logros, no el detalle, e intentar ordenarlo en el tiempo. Que aún habría *mucho* que decir, nadie lo sabe mejor que yo, y los apuntes que no usé llenan seis cuadernos. Pero aquí valía la condensación, y de ahí, lo admito, una cierta brutalidad de Procusto. Para mí sería importante conseguir el éxito que deseaba con

esto, a saber: influir de un modo decisivo en la lucha por el Premio Nobel, porque al fin se podría poner en manos del literato algo que es apartidario. También sería importante para mí que mi libro obligue a aquellos que hasta ahora se oponen al sentir general a aceptar el logro *en su conjunto*; debido *justamente* a que esa gente siempre se obstina en lo singular, pasé por alto a propósito las tesis singulares.

Los errores personales pueden corregirse en una reimpresión, y esto es lo que ocurrirá con toda seguridad. Perdóneme amistosamente los *detalles* omitidos, y esté seguro de que pocos se han interiorizado tanto como yo acerca de la imagen total de su labor, de la importancia de su obra. Me alegra que los conocidos que son importantes para mí sientan que desplacé la discusión sobre su obra de los detalles, de lo medicinal, hacia el reino de lo psicológico, y que –con elogios y críticas- las habituales discusiones repugnantemente limitadas y con frases hechas ya no serán posibles de aquí en más. Que de ahora en adelante, a pesar de mis insuficiencias en los detalles, cuando alguien ojee su obra quizás tendrá que atisbar más alto; que por fin se dejará de colocarlo junto a Jung, Adler, Wyneken[74] y otros aun más nimios. Con sólo haber ayudado en este sentido, ya estaría feliz, pues a pesar de todas las insuficiencias habría servido a la verdad.

Con leal estima y con muchos saludos a su hija, su servidor,

Stefan Zweig

Salzburgo, 6/5/1931[75]

reciba usted con inalterable estima el cariño más profundo para el septuagésimo quinto retorno del día en que nuestro mundo agradece un

mundo de ideas y el modelo de una vida verdaderamente ejemplar con admirada lealtad suyo[76],

Stefan Zweig

GRACIAS POR SU AFECTUOSA PARTICIPACIÓN DE MI CUMPLEAÑOS 75º

después de otros tantos signos de amistad. Suyo,

Freud

VIENA, MAYO de 1931[77]

Kapuzinerberg 5

Salzburgo, 16 de junio de 1931

Estimado profesor:

Siendo usted un "conocedor de lo más alto y de lo más profundo", le envío adjunta una edición privada[78] que comparto sólo con el *más estrecho* círculo, con la esperanza de que no la considere totalmente superflua. Esas nueve cartas de Mozart cuando tenía veintiún años, de las que aquí publico *una in extenso*, arrojan una luz psicológicamente muy curiosa acerca de su erotismo, que muestra un infantilismo y una apasionada coprolalia[79], más fuerte que la de otros hombres notorios. Sería verdaderamente un estudio interesante para alguno de sus alumnos, pues todas las cartas giran sobre el mismo tema.

Aprovecho la oportunidad para manifestarle mis respetos y los mejores deseos por su salud. Quedo su constante y fiel servidor,

Stefan Zweig

25/6/1931

Viena, IX, Berggasse 19 [80]

Querido doctor:

¡Gracias por la edición privada! El hecho de que Mozart amara y cultivara "las campanadas del chiquero" me resultaba conocido de no sé dónde. La explicación que usted da no admite objeción alguna. En varios análisis con músicos me ha llamado especialmente la atención el interés que muchos de ellos presentan desde la niñez por los ruidos que se hacen con los intestinos. Si se debe considerar como un caso especial del interés general por el mundo sonoro o si se debe aceptar que en el (desconocido para nosotros) talento para la música participa un fuerte componente anal, es algo que no puedo decidir.

Cordiales saludos.

Suyo,

Freud

28/XI/1931

Viena, IX, Berggasse 19

Querido doctor:

Un quincuagésimo cumpleaños no me puede impresionar. En general, odio furiosamente festejar los cumpleaños por experiencia personal. Y si hoy le escribo por sus cincuenta años es porque urge ser despachada una necesidad que fue creciendo a lo largo del tiempo, y que si a mi edad sigue esperando una oportunidad, se desvanecerá. Es la necesidad de, por una vez, decirle algo amable y agradable, y no hacerle siempre cuestionamientos como un cliente que no se encuentra a gusto con el retrato que le ha hecho el artista. De decirle, entonces, cuánto disfruto mis favoritas entre sus creaciones, el *Jeremías*, la *Confusión de los sentimientos*, sus profundizaciones en la vida psíquica de los hombres demoníacos[81]; cuánto admiro su lenguaje lleno de arte, que se adapta al pensamiento como ese translúcido ropaje proyectado para los cuerpos de ciertas estatuas antiguas; con qué agrado sigo su esfuerzo por mantener, en estos tiempos dispersos, un ente internacional de los más fuertes y mejores espíritus. Pero basta: lo esencial es la afectuosa convicción con la que me uno a estas felicitaciones.

Su servidor,

Sigm. Freud

Kapuzinerberg 5

Salzburgo, 29/XI/1931

Muy estimado profesor:

Me resulta igual de feliz y vergonzoso que usted, hombre ocupado y lleno de responsabilidades, para el que cada minuto es importante, tenga la amabilidad de pensar en mí. Lo que considero como un don (no como un logro) de mi vida es haber sentido siempre valores esenciales y luego, dentro de las limitaciones de mis capacidades, reconocerlos: mi íntimo encuentro con su obra pertenece a estos golpes de suerte. Usted sabe que no estoy completamente satisfecho con mi retrato, excepto en el sentido de que ha ayudado a colocar toda futura contemplación de su obra en una determinada esfera de respeto, a exigir una *ad*miración en lugar de la mirada meramente crítica. En este sentido me alegra que en las próximas semanas mi estudio se publique simultáneamente en Francia, Inglaterra, Norteamérica e Italia, luego de ya haber salido en Noruega: también, en este momento, está siendo traducido al ruso[82]. Quizás pueda volver a comenzar y decir algo sobre lo que desde entonces quedó claro para mí, aunque quizás el sentido de mi trabajo sea estimular y fomentar próximos estudios. En este momento ya pesan sobre mi conciencia tres obras teatrales extranjeras sobre Baker-Eddy, además de mi ensayo, y dos personas están comenzando a escribir una minuciosa biografía sobre Mesmer. Quizás mi trabajo estimule a alguien a escribir el libro definitivo sobre usted: ya sería hora[83]. Siempre con cariño y estima, su servidor,

Stefan Zweig

2/6/1932

Viena, IX, Berggasse 19

Querido doctor:

Cuando he dado un trabajo a la opinión pública, pasa un largo tiempo hasta que me encuentre dispuesto a ocuparme de su contenido. Cuánto lamentaría que a usted le pase algo similar, ya que tengo el propósito de volver a atraer su atención sobre ese libro suyo cuya tercera parte ha dedicado a mi persona y a mi obra.

Un amigo mío estuvo por estos días en Venecia y en una librería vio la traducción italiana de *La curación por el espíritu*, que me regaló[84]. Ése fue el motivo para volver a leer partes de su ensayo. Así descubrí, en la pág. 272, un error expositivo que no puede considerarse insignificante, y que incluso reduce mi mérito, si me acepta esta consideración. Allí se dice que la paciente de Breuer[85] confesó durante la hipnosis que ante el lecho de muerte de su padre había sentido y reprimido determinados "*sentimenti illeciti*"[86] (o sea, de naturaleza sexual). En realidad, nunca dijo algo similar: sólo hizo notar que ante el enfermo había querido ocultar su estado de excitación, y en especial su cariñosa preocupación. Si hubiera sucedido lo que se sostiene en su texto, entonces todo habría sido diferente. No me habría sorprendido por el descubrimiento de la etiología sexual, a Breuer le habría sido difícil ir en contra de ella, y yo probablemente jamás habría abandonado la hipnosis, con la que se pueden alcanzar tan sinceras declaraciones. Lo que realmente me sucedió con la paciente de Br. recién estuve en condiciones de deducirlo más tarde, mucho después de nuestra ruptura, cuando de repente me vino a la memoria una confidencia que él me había hecho alguna vez antes de nuestro trabajo en común, en otro contexto, y que nunca más había repetido. Al final del día, luego de haber controlado todos sus síntomas, ella volvió a llamar al doctor, que la encontró confundida, retorciéndose por espasmos en el bajo vientre. A la pregunta de qué le sucedía, ella respondió: ya viene el hijo que tengo del Dr. Br. En ese momento él tenía

en mano la llave que hubiera abierto el camino hacia las madres, pero la dejó caer[87]. Pese a todas sus grandes capacidades intelectuales, no había nada de fáustico en él. Con convencional espanto, emprendió la huida y derivó la enferma a otro colega. Ella luchó durante meses por su restablecimiento, en un sanatorio.

Me sentía tan seguro de mi reconstrucción que la publiqué en alguna parte. La hija menor de Br.[88] (¡nacida justo después de finalizar aquel tratamiento, un dato nada irrelevante para conexiones más profundas!) leyó mi exposición y le preguntó a su padre (fue poco antes de su muerte). Él confirmó lo que yo había dicho y luego ella me lo hizo saber.

Con cordial lealtad, suyo,

Freud

Kapuzinerberg 5

Salzburgo, 2 de junio de 1932 [89]

Muy estimado profesor:

Le agradezco muchísimo su amable carta. La traducción italiana ha agrandado inconscientemente este punto, pero cuanto antes introduciré allí -así como también en las próximas ediciones alemanas- una aclaración por medio de una rectificación. Nadie sabe mejor que yo cuán poco clarificador es al cabo mi trabajo: tan sólo el tamaño obligó a contraer y a suprimir muchos aspectos que en realidad ya estaban preparados; la verdadera obra sobre su obra todavía está por escribirse, y yo me siento únicamente un humilde *pacemaker*.[90] Por lo menos el estudio ya causó

efecto en el sentido de una cierta estimulación de la atención y el respeto (por lástima aún inexistente en la medida apropiada), sobre todo en Francia, donde en un pequeño lapso de tiempo se publicaron 30 ediciones, y en las distintas traducciones al inglés, español[91]>, italiano, sueco, y noruego, a las cuales ahora se suman las versiones polaca y holandesa, etc. Así que mi pequeña fuerza aumentó el radio de interés y donde no pude llegar con mi exposición, ahora muchos buscarán el texto propiamente dicho y la doctrina *ipsis verbis*[92] del maestro.

La letra de su carta (aunque no confíe ampliamente en la grafología) me muestra una firmeza tan gloriosa que espero indique un total bienestar del cuerpo; por la libertad y la vivacidad de su espíritu no necesito preocuparme. ¡Ojalá pronto podamos tener pruebas creativas de ello! Con el más fiel de los respetos, su constante servidor,

Stefan Zweig

20/X/1932

Viena, IX, Berggasse 19

Querido doctor:

Gracias a su generosidad, ahora ya he leído casi todos sus libros, sus retratos de hombres y de destinos, y estoy tentado de decir que nada de lo suyo me pareció tan convincente, tan humanamente conmovedor, probablemente tan coincidente con la difícilmente asequible y sin embargo irremplazable verdad histórica, como este último trabajo sobre la desdichada María Antonieta[93], tan poco preparada y tan duramente golpeada por el destino, tal como usted dice. El lenguaje completamente

maduro, libre de un cierto desborde patético, y la limitación de la exposición a lo más inmediato e indispensable, dan testimonio del maestro.

La parte del asunto que provocó mi interés más profundo es naturalmente aquella donde usted realiza el trabajo de un psicoanalista: en el tratamiento de la historia conyugal de la mujer y la acusación de incesto en contra de la madre. Eso seguramente sucedió tal como usted lo presenta. La vida humana seguramente se ha vuelto una pizca más comprensible desde que uno puede ocuparse de estas personalidades. Tal como lo hiciera con Alejandro de Serbia[94], con una mirada segura ha visto usted aquí algo que incluso para los historiadores es un confuso encadenamiento de lo aparentemente más pequeño con lo innegablemente más grande, o al menos lo más ruidoso, lo más llamativo.

¿Sabe usted que su análisis del granuja de la realeza que acusa a su madre (y tía) de seducción es absolutamente fidedigno? Todos los neuróticos que investigamos hoy hacen exactamente lo mismo, aunque metódicamente. Construyen el hecho de su onanismo infantil con las fantasías de seducción y como seductoras escogen, con verdadera obstinación, justamente a las personas que los castigaron o reprendieron a causa del placer prohibido. Ahí hay un ápice de verdad tras el engaño, pues el primer motivo de la excitación genital generalmente está dado por la necesaria manipulación del niño durante el aseo corporal, y la persona de la niñera se funde luego con la de la madre (en caso de que no haya sido ella misma). Recién bajo la presión del análisis nuestros pacientes nos abren estas fantasías que han quedado inconscientes. Cuando estas fantasías se tornan demandas que consideran reales, el resultado es una inquietante permeabilidad de la estructura psíquica. En el caso del Delfín[95], seguro

que contribuyó el *milieu* degradado y hostil a su madre, pero la tendencia del hijo a las mentiras fantasiosas no le había pasado desapercibida a la madre.

Con cordiales saludos, suyo,

Freud

Salzburgo

Kapuzinerberg 5, 21/oct./1932

Muy estimado profesor:

Permítame agradecerle su extraordinaria amabilidad, sé lo que significa que un hombre de su categoría y tan lleno de trabajo como usted dedique su tiempo a un libro. Todo lo que escribo está influenciado por usted y quizás sienta que el coraje para la veracidad, que probablemente sea la esencia de mis libros, proviene de usted: usted ha sido el modelo para toda una generación.

En el caso del Delfín, tenía más material del que utilicé. Pero me resultó muy cruel citar las palabras que pronunció ante testigos creíbles: “Quand guillotinera-t-on enfin ces sacrées putaines” [*sic*][96]. Esto evidentemente también lo había oído decir y, como le pareció divertido (y quizás por un odio secreto), lo repitió.

Gran parte del material sobre todo este asunto fue recolectado por un médico francés: el *Dr. Cabanès*, en sus *Indiscretions de l’histoire*, *Les morts mysterieux* [*sic*],[97] etc. Con admirable aplicación, este hombre ha

coleccionado y verificado médicamente toda la *sexualia* de la historia, aunque lamentablemente sin tener idea del psicoanálisis, por lo cual todos estos tesoros reposan allí sin ser elaborados. Quizás usted podría llamar la atención de alguno de sus alumnos sobre esta colección, para que aproveche este sabroso material (en cuanto a María Antonieta, le debo los primeros indicios decisivos que seguí, que él no supo utilizar psicológicamente). Él tenía el instinto, la aplicación, sentía lo interesante, aunque, debido a que carecía del conocimiento de su método, no sabía cómo interpretar los fenómenos: sólo los enumeraba. Pero en los 20 pequeños tomos hay una mina de conocimientos para el investigador.

Ahora permítame, estimado, querido maestro, expresar el deseo de que su grandiosa e incomparable vivacidad física y su curiosidad creadora permanezcan aún por largo tiempo entre nosotros. Una época tan abandonada por el espíritu como la nuestra necesita de la autoridad intelectual. ¡Y qué pocos son los que nos guían e instruyen!

Con leal respeto, su eterno servidor,

Stefan Zweig

Kappuzinerberg 5

Salzburgo, 30 de diciembre de 1932

¡Muy estimado profesor!

Hoy, en el anteúltimo día del año, leo con verdadero placer espiritual sus magníficas lecciones[98]. Podríamos aprender pura y artísticamente de esta prosa, que tan magníficamente toman y abrazan al pensamiento. Me

parece realmente increíble que la misma edad que por lo general oscurece el espíritu de otros en su caso genere un mayor volumen de claridad. En este día no me atrevo a entrar en detalles, pero no quiero dejar pasar el año sin haber saludado a usted, a sus admiradores y al mundo entero. Que en el nuevo año disfrute de una salud completa y de la alegría del trabajo, y nos deje disfrutar con renovada alegría los frutos de dicho trabajo.

Con el más profundo respeto, su eterno servidor,

Stefan Zweig

[Salzburgo, junio de 1933]

Muy estimado profesor:

Usted conoce (además de mi admiración) mi respeto por su tiempo y sabe que no me atrevería a presentarle a un mero curioso. Pero si *H. G. Wells*[99], ese gran inglés, abriga el profundo deseo de verlo únicamente a usted durante su estadía absolutamente secreta en Viena, entonces creo que debería decir que esta visita le deparará a usted una gran alegría. Quizás tenga usted la bondad de decirle cuándo puede visitarlo. Con fiel aprecio y afecto, su sincero servidor,

Stefan Zweig

II, Portland Place[100]

Londres [octubre/noviembre de 1935]

Muy estimado profesor:

Con motivo de la aparición de su autobiografía en Inglaterra[101], prometí al *Sunday Times* un artículo. Aquí está, lamentablemente con toda clase de intercalados, reducciones (especialmente al final), y en una traducción de lo más mediocre. Pero usted comprenderá que sólo me interesaba saber que su obra recibiría el debido respeto en este diario, el más leído. Fue una medida táctica y no veraz, no la considere por su valor artístico. Siempre me alegra cada oportunidad de poder expresar mi admiración hacia usted. Con los más cordiales saludos, su muy respetuoso servidor,

Stefan Zweig

5/IX/1935

Viena, IX, Berggasse 19

Querido, muy estimado doctor:

Le agradezco la carta y el recorte del *Sunday Times*. Su artículo es la manifestación de un amigo, uno se alegra más que por lo que lee, por lo que está detrás del sentir del autor. No sin sorpresa, me entero así de la concesión del anhelado Premio Nobel, promovido por la Universidad de Viena. Esta noticia puede ser una de las tergiversaciones que, tal como usted lamenta, el diario efectuó sobre su texto. O probablemente sea otra "medida táctica" de su parte. En última instancia, quedará sin efecto alguno. Usted ya debe haber oído contra cuántas dificultades y objeciones me fue concedido el Premio Goethe de la ciudad de Frankfurt en 1930.

Luego de su visita del 15 de septiembre, me reproché seriamente el haber desplegado tan vastamente ante usted el contenido de mi *Moisés* en lugar

de dejar que me cuente sobre sus trabajos y sus proyectos[102]>. El *Moisés* nunca verá la luz pública.

Muchas gracias y saludos, suyo,

Freud

PD: También olvidé preguntarle si estaría dispuesto a interesarse por el problema Shakespeare-Oxford. Estoy casi convencido de que Edward de Vere, 17º Conde de Oxford, fue el verdadero Shakespeare[103]. Su visita fue lamentablemente muy corta.

Viena, Hotel Regina, 13 de septiembre de 1935 [104]

(Tel. A 23-5-85)

¡Muy estimado Profesor!

Hoy intenté llamarlo a Grinzing; el Dr. Kris tuvo la bondad de darme su número de teléfono[105]. Resulta especialmente importante para mí aclarar un malentendido. Cuando estuve aquí en primavera por un mes y medio, ya al segundo día de haberme anunciado, alguien me dijo que usted no recibía a ninguna visita. Por ello, naturalmente, no me atreví a reportarme ante usted y respeté su aislamiento. Ahora, el Dr. Kris me dijo, para mi gran alegría, que usted se encuentra perfectamente y trabajando más que todos nosotros, y sólo quería decirle cuán feliz me ha hecho el haber oído esto. ¡Quizás aún tenga oportunidad de poder visitarlo en los pocos días que me quedan aquí!

Con viejo aprecio, su leal servidor,

Stefan Zweig

Tel: Langam 1069

II, Portland Place

Londres, W. I

7 de noviembre, 1935

¡Muy estimado profesor!

Mi muy profundo agradecimiento por sus amistosas palabras. Obviamente me enojó mucho que justo en la traducción de mi nota[106] en relación a la influencia del círculo universitario hayan traducido "impedir" como "promover". Hasta Ernest Jones me hizo una llamada al respecto y yo le expliqué que no tenía la culpa de eso. Cuando mencioné el Premio Nobel, fue porque siempre quiero recordar cuán importante sería en este sentido una acción común de todos aquellos con buenas intenciones. Sé muy bien que Thomas Mann y Rolland se ocuparon de este asunto. Espero con ansiedad poder ir momentáneamente a Viena en diciembre y contarle muchas cosas.

Con leal admiración, siempre suyo,

Stefan Zweig

Langham 3693

49, Hallam Street[107]

Londres, W.I.

4 de mayo, 1936

¡Muy estimado profesor!

Sé que no quiere que se festeje su cumpleaños[108], pero el egoísmo de la naturaleza humana, que usted tan bien conoce, reclama su derecho. Pues qué error sería que fuese sólo su día festivo. Es también ante todo el *nuestro*, un día de gracias de todos los hombres de espíritu de esta Tierra. Nosotros, que por principio no consideramos agradable al *Führer*[109], seríamos los más desagradecidos si no pensáramos con amor y agradecimiento en aquellos que nos guiaron al conocimiento psíquico y espiritual. Por lo tanto, estimado profesor, no sea severo y concédanos la alegría de alegrarnos por usted de todo corazón y con todo el afecto.

En dos días, Thomas Mann le hará llegar un pliego con firmas[110]. Los que comenzamos esta pequeña compilación tuvimos la satisfacción de ver con qué agradecimiento esta gente aprovechaba la oportunidad de mostrarle su respeto al menos con una firma. Una buena cantidad de nombres llegará en un apéndice, pues vivimos en una espantosa diáspora y una gran parte de las personas fundamentales vive en una continua errancia y no se las puede alcanzar a tiempo. Debe acoger con indulgencia un pequeño saludo de cumpleaños que yo mismo escribí y que aparecerá en Norteamérica, Francia y una cantidad de diarios. Está dirigido a vastos círculos de lectores y únicamente pretende hacerles comprensible a quienes aún no son capaces de reconocerlo qué representa usted para nosotros y para un futuro más justo.

Estimado y querido profesor, ¿qué puedo desearle en este día? Salud, ante todo, y la conciencia de, en medio de un mundo vacilante y a punto de derrumbarse, haber fundado algo duradero e imperecedero y de ser una ayuda para millones de hombres. No sé de nadie de quién hoy en día se pueda decir lo mismo y a quien todos le debamos tanto.

En recuerdo de tanta bondad probada, y con profundo respeto, suyo,

Stefan Zweig

18/5/1936

Viena, IX, Berggasse 19

XIX Strasserg. 47

Querido doctor:

Espero que me disculpe por contestarle recién hoy. El tiempo de exigencias y fatigas finalmente ha pasado.

Antes de responderle volví a leer su carta. Podría olvidar que la escribió un maestro del estilo, suena tan sencillamente real. Casi me habría convencido de mi importancia. No es que yo dude del contenido de verdad de mis teorías, pero me resulta difícil creer que puedan ejercer una influencia demostrable en el desarrollo de nuestro futuro próximo. Para mí, soy mucho menos importante que como usted me presenta, y prefiero detenerme en aquello que conozco con muchísima mayor certeza: la extremadamente amistosa intención que ha manifestado usted con las molestias que se tomó por mi cumpleaños. El hermoso mensaje que

redactó en conjunto con Thomas Mann y el discurso de Mann en Viena[111] fueron las dos experiencias que me pudieron reconciliar con el hecho de haber llegado a ser tan viejo. Así, aunque fui increíblemente feliz en mi hogar, con mi mujer e hijos, y una hija en particular que satisface en una medida infrecuente todas las exigencias de un padre, no me puedo amigar con la miseria y el desamparo de la vejez, y veo la transición hacia la nada con una especie de ansia. No puedo ahorrarles a mis seres queridos el dolor de la separación.

Mi posición excepcional en lo que a usted respecta llegará, pues, a su fin. Es que creo que en la galería de criaturas humanas notables que usted construyó (su panóptico, como suelo llamarlo en broma), soy ciertamente no el más interesante, pero sí el único que está vivo. Quizás le debo mucho a esta circunstancia la calidez de su simpatía. Con los biógrafos se da el mismo fenómeno que con los analistas y que se conoce bajo el nombre de "transferencia"[112].

Con cordial agradecimiento, suyo,

Sigm. Freud

49, Hallam Street

Londres W.I. [10/6/1936] [113]

Langham 3693

Estimado profesor:

Esta esquela es sólo para agradecerle humildemente su amable carta y para disculparme porque mi nuevo libro[114] se dirige a usted directamente desde la editorial: de Viena hacia Viena es más fácil que Viena-Londres-Viena. Mi estima por usted ya está escrita en el interior. Su servidor,

Stefan Zweig

Viena, 16/X/1936 [115]

¡Gracias por los bellos tomos de *La cadena* y *Caleidoscopio*!

Cordialmente suyo,

Freud

Viena, 7/XI/1937 [?] [116]

¡Gracias por su nuevo y bello regalo![117]

Suyo,

Freud

Langham 3693

15/Nov./1937

49, Hallam Street

Londres, W.I.

Querido y estimado profesor:

Sólo quiero decirle qué contento me puse al ver su letra[118], y con cuánto afecto y fidelidad pienso en usted (aquí he hablado largamente de usted con Arnold Zweig). Y algo más: una alegría así hoy es infinitamente valiosa. No soy capaz de decirle cuánto estoy sufriendo en estos momentos, un terrible Dios me obsequió el don de poder prever muchas cosas, y lo que está sucediendo ahora lo presiento en mis nervios hace cuatro años. Si no hubiera vivido aquí, no habría podido trabajar (¡felices los que han sido bendecidos con "ilusiones"!). Por estos días recibirá usted un anexo al *Magallanes*. Ahora trabajo empero en una novela psicológica que, si bien es difícil, no es muy larga, y que se llamará *Homicidio por compasión*[119]; en ella se expone que la debilidad, que la compasión a medias que no llega hasta el último sacrificio, es más criminal que la violencia. Es una vuelta a su mundo, el libro trata lo medicinal; ése es mi consuelo. El único libro que de veras debería escribirse es el de la tragedia del judaísmo, pero temo que mientras se lo escriba la realidad llegará a su máxima intensidad y que nuestras más osadas fantasías se verán superadas. Usted ya tiene un consuelo: produjo su obra, inolvidable e inquebrantable. Demostró que no somos completamente inútiles, aunque nuestras declaraciones probablemente sean desoídas. No obstante, queda el deber de hacer el mejor esfuerzo.

Cuando pienso en Viena y me pongo sombrío, ¡pienso en usted! Año a año su oscura rigurosidad ha sido ejemplar para mí y me siento cada vez más agradecido de estar unido a usted.

Con fiel estima, suyo,

Stefan Zweig

17/XI/1937

Viena, IX, Berggasse 19

Querido doctor:

Apenas puedo decir si su amable carta me provocó más alegría o dolor. En estos momentos sufro tanto como usted, y como usted encuentro un consuelo en el sentimiento de pertenencia común con algunos otros, lo encuentro en la certeza de que para nosotros siguen siendo valiosas las mismas cosas, que nos parecen incuestionables los mismos valores.

Pero me permito envidiarle amistosamente el hecho de que pueda defenderse a través de un hermoso trabajo. ¡Espero que usted logre más y más cada vez! Ya disfruto de su *Magallanes* por adelantado.

Mi trabajo queda detrás de mí, tal como usted dice. Nadie puede predecir cómo lo valorarán las épocas futuras. Yo mismo no estoy seguro, la duda es de por sí inseparable de la investigación, y ciertamente uno saca a la luz nada más que un fragmento de verdad. Los tiempos venideros también se ven turbios para mi psicoanálisis. En todo caso, en las semanas o meses que aún me restan vivir, no experimentaré nada que sea feliz.

Absolutamente en contra de mi voluntad empecé a quejarme. Quiero decir, pretendía acercarme a usted humanamente, no quería ser celebrado como la roca en el mar contra la cual el embate del mar golpea en vano. Aunque mi consuelo permanezca mudo, sigue siendo un consuelo y… *impavidum ferient ruinae*[120].

Espero que no me haga esperar mucho tiempo para la lectura de sus próximos hermosos y valerosos libros.

Lo saluda cordialmente, su viejo

Freud

Estoril (Portugal), por poco tiempo[121]

[Enero/febrero de 1938]

Estimado profesor:

Desde Londres me alegran con la noticia de que llegó su *Moisés* (o lo que usted quiere mostrarle de él al mundo). Regresaré en un mes y entonces podré agradecérselo apropiadamente. Aquí hay un aire indescriptiblemente diáfano y soleado… Ah, cuánto le deseo a usted un *intermezzo* meridional como éste. Con leal estima, suyo,

Stefan Zweig

Langham 3693

2 de marzo, 1938

49, Hallam Street

Londres, W.I.

Muy estimado profesor:

Tras mi regreso de Portugal lo principal para mí era leer su estudio sobre Moisés. Admiro *honestamente* la franqueza con la cual lo que explica como hipótesis tiene un efecto absolutamente convincente en su exposición. Las ideas no tienen ninguna patria sobre la Tierra. Flotan en el aire, entre las nubes, entre la gente, y no existe casi ningún conocimiento, ninguna creencia, ninguna religión que no haya confundido lo propio con lo recibido, así como tampoco existe ningún invento puro: todo invento es un hallazgo. Quizás se encuentre con un obtuso nacionalismo judío que se siente desposeído porque a veces usted presenta a la religión judía como algo extraño y recibido. Pero sólo la estrechez de miras puede dejarse determinar por esa vanidad colectiva. Un hecho no pierde magnitud sólo porque otro lo soñó antes. Si Moisés, el real, el de carne y hueso, era de esta misma tribu o de cualquier otra, eso no resta valor ni a la figura del formador que transmitió a la humanidad el monoteísmo como problema ni a la del pueblo que a partir de su lengua y su espíritu dio a esta idea una validez de concepción universal. Para mí, este trabajo aparentemente secundario es central en relación a su esencia y a su obra, una de las más hermosas pruebas de su osadía espiritual, de su humana imperturbabilidad. Son tantas las personas que además de mí aún habrán de agradecerle por el hecho de que usted, en esos años en los que los más firmes se volvieron blandos y los más osados se asustaron, eligió batallar con el más difícil y quizás el menos pensado de todos los problemas: el religioso. ¡Qué ejemplo! Y lo digo para mí y de una vez por todas: con su actitud humana no nos ha ayudado menos que con su obra. En muchos momentos de indecisión, lo busco a usted en mi interior y sin querer siento que mi cuello se tensa.

También he pensado frecuentemente en usted durante estos días críticos[122]. Podría actuar con superioridad satisfecha, incluso maliciosa,

porque me enfrenté a todas las habladurías perversas y ya hace cuatro años que me mandé a mudar. Pero sufro exactamente lo mismo que si se tratara de mí mismo por todos los que en este momento están en Viena, embargados de preocupación. Sabe que no dejo de exigir que su editorial siga publicando sus libros: su obra debe existir, accesible y presente, justamente porque contiene tanto futuro en ella. Ojalá la salud acompañe su dicha al trabajar y esté seguro del cariño leal y respetuoso de su

Stefan Zweig

49, Hallam Street

Londres, W. I. [principios de junio, 1938]

Langham 3693

Querido, estimado profesor:

No le escribí a Viena pese a que mi corazón y mi mano lo requerían intensamente, mas todos mis pensamientos estuvieron diariamente con usted. Me da una sensación de alivio el que usted se haya refugiado aquí[123]. ¡*Incipit vita nuova*![124]

Sé cuán acosado debe estar y cuánto necesitará descansar. Por lo tanto me presentaré ante usted sólo cuando me lo permita (tengo un número de teléfono que no figura en guía). Y sabe con cuánto gusto lo visitaré en cualquier momento del día; nada es más importante para mí que ver que usted haya podido superar por completo esta prueba, la más amarga.

Con muchos saludos para los suyos, su fiel servidor,

Stefan Zweig

10/6/1938

39 Elsworthy Road

Londres, N W 3

Querido doctor:

¡Qué enorme cantidad de impresiones, exigencias y compromisos en estos primeros días! ¡Principalmente, demostraciones de afecto, saludos y deseos de felicidad por parte de amigos, seguidores y conocidos, pero más de la mitad son de desconocidos que no desean más que expresar simpatía y alegría sin pedir nada a cambio! A eso hay que agregar, naturalmente, una cuota de extravagancias: el envío de tratados y evangelios, pedidos de autógrafos, solicitudes de entrevistas periodísticas y la invitación a redactar artículos aparentemente bien pagos. Incluso algunas consultas médicas, pero no muchas; de mi profesión médica, según parece, no podré vivir bien aquí.

Su querida carta estaba debajo de todas estas otras. Es cierto que estoy realmente cansado, pero eso es válido sólo para la movilidad (en este momento mi corazón exige muchos cuidados). Y aunque esta carta sea la undécima que escribo hoy, por ningún motivo quiero seguir perdiéndome el placer que desde hace semanas alegra mis pensamientos en Londres, a saber: poder verlo y hablar con usted. Estoy casi siempre en casa y si me llama lo más pronto posible a Primrose 2940, fácilmente podremos concertar su visita.

Entonces, ¡hasta dentro de muy pronto! Cordialmente suyo,

Freud

[16/6(?)/1938]

Prof. Siegmund [*sic*] Freud

Londres NW3

23 o 39 Elsworthy Road[125]

Querido y estimado profesor: huí al campo por un muy largo fin de semana y me reportaré de inmediato a mi retorno.

Su fiel

Stefan Zweig

Prof. Sigmund Freud

49, Hallam Street,

Londres, W. I.

Langham 3693

[hacia 10/7/1938]

Estimado profesor:

A Salvador Dalí, el gran pintor, fanático admirador de su obra, le gustaría mucho verlo, y no conozco a nadie que pueda ser más interesante para usted. Aprecio su obra extraordinariamente y me haría muy feliz que se encuentre con él un rato.

Con leal estima, suyo,

Stefan Zweig

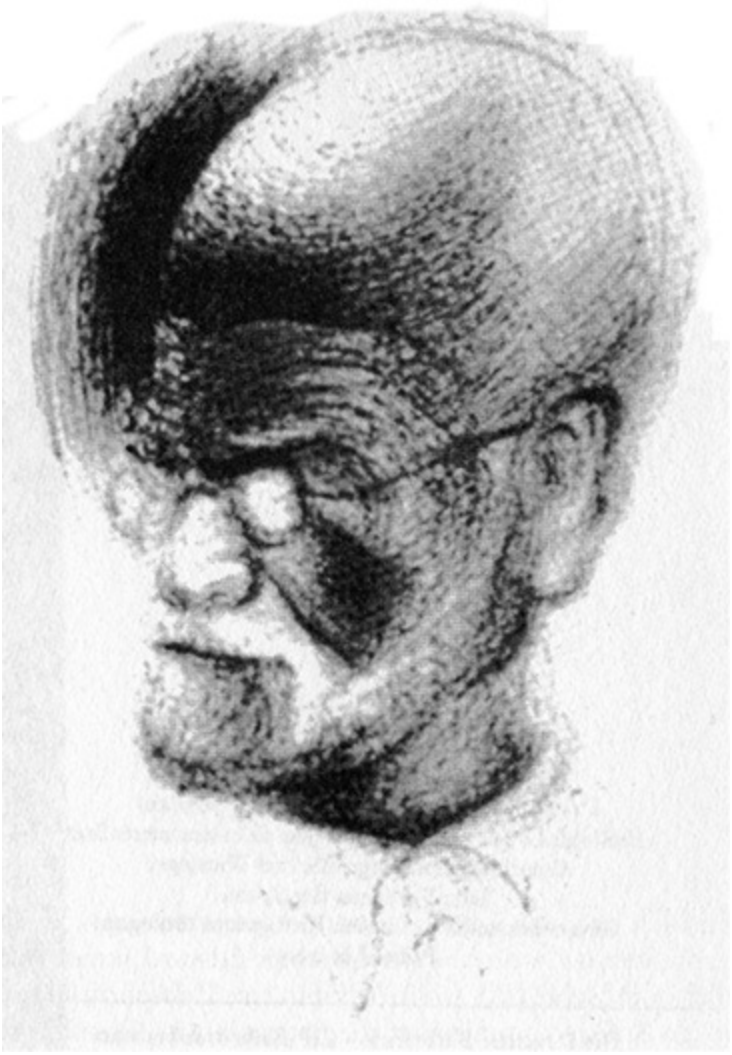

Figura 1: Sigmund Freud, por Salvador Dalí (1938).

Langham 3693

49, Hallam Street

Londres, W. I.

15 de julio de 1938

¡Querido y estimado profesor!

Ya es intenso mi anhelo de verlo otra vez, y además hay alguien que está aquí por una semana más y al que le gustaría mucho ir a su casa conmigo. Es uno de sus más grandes admiradores y, con todas sus pequeñas extravagancias, es quizás el único genio de los pintores modernos, Salvador Dalí, cuyo nombre y cuya obra usted ya conoce bien. Lamentablemente sólo le quedan unos pocos días aquí, lunes y martes, y por eso me permitiré llamarlo el lunes a la mañana para ver si podremos visitarlo uno de esos dos días.

En cuanto al asunto norteamericano, estoy hablando con su señor hijo[126]. Obviamente, estoy más que dispuesto si no encuentra a nadie mejor.

Con lealtad y respeto, suyo,

Stefan Zweig

Langham 3693

49, Hallam Street

Londres, W. I.

18 de julio de 1938

¡Querido y estimado profesor!

Sólo unas palabras informativas. Usted sabe que siempre he evitado meticulosamente presentarle gente, pero mañana es de veras una importante excepción. Para mí, Salvador Dalí (por muy obstrusas [*sic*] que puedan ser algunas de sus cosas) es el único pintor *genial* de la época y el único que perdurará, un fanático de sus propias convicciones y el más leal y agradecido discípulo que tiene usted entre los artistas. Hace años que este auténtico genio tiene el deseo de encontrarse con usted (él afirma que en lo artístico a nadie le debe tanto como a usted). Así que mañana iremos ambos, junto con su mujer; él querría aprovechar la oportunidad de quizás dibujar un bosquejo mientras hablamos (los verdaderos retratos siempre los hace de memoria, partiendo de su interioridad)[127]. Para legitimarlo ante usted, llevaremos su última obra (es propiedad de Mr. Edward James[128]), así puede verla. Creo que desde los antiguos maestros nadie había encontrado tales colores, y en los detalles, por muy simbólico efecto que puedan tener, encuentro una perfección contra la cual, según mi parecer, toda la plástica de esta época empalidece. El cuadro se llama "Narciso" y probablemente haya sido concebido bajo su influencia.

Esto es para pedir disculpas, por el hecho de que vayamos a su casa como si fuéramos una pequeña caravana. Pero creo que un hombre como usted debería ver por lo menos una vez al artista sobre el cual influyó como ningún otro y respecto del cual siempre me sentí privilegiado por poder

conocerlo y valorarlo. Solamente vino desde París por dos días (es catalán), así que no estorbará nuestro tiempo en común. Estoy contento de que finalmente conozca a quién es quizás el más grande de sus adeptos. Por favor no considere esta altisonancia como indebida. Probablemente el cuadro lo sorprenda al principio, pero no puedo imaginarme que a usted no le parezca evidente el valor de este artista.

Muy cordialmente y con profundo respeto, suyo,

Stefan Zweig

PD: Claro que a Salvador Dalí le habría gustado mostrarle sus cuadros en una exposición de aquí, pero como sabemos que usted casi no sale (o lo hace de mala gana), le llevamos su última obra (según mi opinión, la más bella) para que la vea en su casa.

Figura 2: Sigmund Freud, por Salvador Dalí (1938).

49, Hallam Street, 19 de julio de 1938

Londres, W. I.

Langham 3693

Querido y estimado profesor:

Espero que no lo hayamos molestado demasiado, pero Salvador Dalí ya había viajado una vez (¡en vano!) desde París a Viena para verlo.

Edward James, el joven que lo acompañaba, necesitaría mucho tratamiento psicoanalítico (aparentemente Tilly Losch[129], su ex mujer, no pudo curarlo); usted le dio un poco de miedo cuando le dijo que podría inhibir el trabajo literario. ¡Pero creo que uno de estos días irá él mismo a buscarlo!

Le deseo lo mejor. Con respeto, lealmente suyo,

Stefan Zweig

20/7/1938

39 Elsworthy Road

Londres, N. W. 3

Querido doctor:

Realmente debo agradecerle por la expedición que me trajo los visitantes de ayer. Pues hasta entonces me inclinaba a considerar a los surrealistas, que aparentemente me habían elegido como santo patrono, como absolutamente (digamos en un 95%, como el alcohol) necios. El joven español, con sus fanáticos ojos cándidos y su indiscutible maestría técnica, me hizo arribar a otra valoración. Sería, en efecto, muy interesante investigar analíticamente el origen de un cuadro así. Como crítica, claro que siempre podría decirse que el concepto de arte se rehúsa a una ampliación si la proporción cuantitativa de material inconsciente y elaboración preconsciente no se mantiene dentro de un cierto límite. Pero en cualquier caso, serios problemas psicológicos.

En relación al resto de los visitantes, me gustó causarle dificultades al candidato para así probar su grado de predisposición y lograr un mayor grado de abnegación. El análisis es como una mujer que quiere ser conquistada pero sabe que no será valorada si no ofrece resistencia. Si Mr. J. lo piensa tanto, entonces puede acudir a otro, a Jones o a mi hija.

Me dicen que al irse dejó usted algo olvidado, un guante o algo así. Se sabe que es una promesa de que va a volver.

Cordialmente suyo,

Freud

P.S. El “Sr.” del destinatario en lugar del “Mr.” es un síntoma de acomodamiento.

49, Hallam Street

Londres, W. I. [Agosto de 1938]

Langham 3693

Querido y estimado profesor:

No me presenté ante usted durante estos días porque un amigo cercano fue operado de gravedad y tuve que ir todos los días al hospital. Pero mañana me comunicaré para verlo, ya estoy muy impaciente.

Marcel Sternberger[130], un fotógrafo local que ha tomado maravillosas fotografías de Shaw, Wells, etc., desea apasionadamente colgar su cabellera en su cinturón. Le solicita fervientemente apenas 10 minutos, ya que ello implicaría para él una gran ayuda moral (se va a Norteamérica). Hoy en día uno tiene el deber de ayudar, y ya que saca fotografías realmente grandiosas, lo encomiendo a su bondadoso corazón.

El más fielmente suyo,

Stefan Zweig

---

24 de ag. de 1938

49, Hallam Street

Londres, W. I.

Langham 3693

Querido, estimado profesor:

No tome mi silencio como deslealtad o indolencia. Un querido amigo fue gravemente operado, debo salir a menudo para su casa, y mi madre, con ochenta y cinco años, ha muerto en Viena[131]. En qué tiempos estamos viviendo que uno no se entristece por ello, sino que más bien experimenta cierto consuelo de que ella no haya tenido que vivir más en ese infierno que es Viena, sin poder reunirse con nosotros.

Mañana lo contacto y espero verlo pronto. Aquel joven, Edward James, creo yo, se decidirá muy pronto; he estado hablando con él la semana pasada.

Con leal respeto, suyo,

Stefan Zweig

49, Hallam Street

Londres, W. I.

Langham 3693

16 de septiembre de 1938

¡Querido y estimado profesor!

He intentado en vano saber dónde se encuentra momentáneamente y cómo le está yendo[132]. Ojalé le esté yendo otra vez tan bien como para recibir visitas. Sólo necesita avisarme cuándo puedo ir, para usted estoy siempre libre.

Profundamente suyo,

Stefan Zweig

49, Hallam Street,

Londres, W. I. [fines de septiembre de 1938]

Langham 3693

Querido y estimado profesor:

No piense que fue por indiferencia el no haberme comunicado la semana pasada. Es que estoy hasta el cuello de correcciones[133] y lo primero que hago al volver a respirar es preguntar por usted. Estoy tan impaciente por verlo, y lleno de buenas expectativas de que se vuelva a sentir perfectamente bien. Su fiel servidor,

Stefan Zweig

Prof. Dr. Siegmund [*sic*] Freud[134]

Londres N W 3

20, Maresfield Gardens[135]

[Londres, 16/11/1938]

Estimado y querido profesor:

Hace mucho tiempo que no me hago ver, sólo por temor de llevar a su casa mi perturbación interior sobre las cosas en Alemania. ¡A *usted* siempre me

gustaría verlo, corazón en mano! Me permito anunciarme para mañana. Con leal respeto, suyo,

Stefan Zweig

Sigmund Freud, Esq.[136]

20 Maresfield Gardens

Londres N W 3

[Nueva York, 7/I/1939] [137]

Estimado profesor:

Espero que se encuentre usted bien en Londres. Yo estoy corriendo como un paquete arrojado de un lugar a otro, pero estoy intacto y me alegra intensamente volver a verlo en Londres. Con estima fiel,

Stefan Zweig

49, Hallam Street,

Londres, W. I.

Langham 3693.

16 de marzo de 1939

¡Querido, estimado profesor!

Acabo de volver y antes que nada debo recoger una montaña de cartas. Pero estoy tremendamente impaciente por verlo y me anunciaré modestamente en los próximos días.

Con los más cálidos saludos, lleno de admiración,

Stefan Zweig

---

31 de mayo de 1939

49, Hallam Street

Londres, W. I.

Langham 3693

Querido, estimado profesor:

Desde que volví de Bath[138], deseo reportarme cada día. Y cada día devoran mi tiempo las recientes masas que vienen desde Viena y de toda Alemania. Finalmente parece que las cosas están *algo* más tranquilas, me anunciaré mañana o pasado mañana. Ya estoy muy impaciente por volver a verlo. Muy cordialmente, su servidor,

Stefan Zweig

The Spa Hotel[139]

Bath [7/6/1939]

Prof. Siegmund [*sic*] Freud

Londres, S. W.

20, Maresfield Gardens

Querido, estimado y apreciado profesor:

No mantuve mi palabra, pero como ya no soportaba estar en Londres, donde las visitas diarias impedían mi trabajo, volví a mi refugio de Bath. Me presentaré pronto, impaciente como estoy por verlo a usted, querido maestro.

Suyo,

Stefan Zweig

Prof. Siegmund [*sic*] Freud[140]

Londres N W 3

20, Maresfield Gardens

[Bath/Somerset, 24/7/1939]

Querido y estimado profesor:

Sólo quería decirle que –aunque yo esté espacialmente en Bath- está usted en todos mis pensamientos y espero que se restablezca por completo y pueda volver prontamente a pensar en su productivo trabajo.

Con leal estima, suyo,

Stefan Zweig

[Stefan Zweig a Anna Freud]

Lansdown Lodge, Lansdown Road

Bath, 4/agosto/1939

¡Querida, estimada señorita!

Leí en un periódico local que su estimado padre había tenido algunos días aciagos. Ojalá haya pasado ya todo peligro. En realidad quise comunicarme por teléfono desde aquí, pero temí molestarla por estos días, en los que seguramente usted habrá recibido muchas consultas. Apenas se pueda volver a visitar a su padre me gustaría ir de inmediato, sin evitarme el viaje.

Lo mejor para mi estimado amigo y toda su familia, suyo,

Stefan Zweig

Bath, Lansdown Lodge, 14/sept./1939

Mi querido y estimado amigo y maestro:

¿Cuándo he de volver a verlo? Por ahora la perspectiva luce mal. Estaban a punto de concederme la nacionalidad; pero como fui arrogante y no apuré el asunto, aún no la firmaron. Así que sigo siendo *enemy alien*[141] y no puedo alejarme más de cinco millas desde la plaza central de Bath. *Sic transit gloria mundi*[142]: así se derrite el prestigio literario ante un edicto policial, y yo vegeto estúpida e inútilmente, aún incapaz de trabajar y lejos de todos mis amigos.

Me reiría de esta necedad -después de todo yo sería más útil que siete funcionarios del Ministerio de Propaganda-, pero me priva de la dicha de verlo a usted, y eso me entristece. Ojalá esté padeciendo usted estos tiempos como todos nosotros y no además con dolencias físicas. Ahora tenemos que mantenernos firmes, sería absurdo morir sin haber visto antes cómo se hunden los criminales en el infierno[143].

¡Afectuosos saludos a los suyos! Con vieja y siempre constante estima, suyo,

Stefan Zweig

---

[2] En esta dirección, que antes había pertenecido a Viktor Adler (fundador del Partido Socialdemócrata de Austria), vivió Freud desde septiembre de 1891 hasta emigrar a Londres en junio de 1938.

[3] *Tersites*, drama en tres actos publicado en 1907. Se trataba de la primera obra teatral de Zweig.

[4] *Las tempranas coronas* era el segundo tomo de poemas de Zweig, y había sido publicado en 1906.

[5] Zweig acababa de publicar su biografía intelectual de Balzac, cuyo prólogo aparecería años después en el compilado *Tres maestros: Balzac, Dickens, Dostoievski* (1920).

[6] De aquí en adelante, ambos se enviaron prácticamente todos sus libros.

[7] El volumen *Primera vivencia. Cuatros historias de la tierra infantil*, de 1911, contenía: *Historia en el crepúsculo*, *La gobernanta*, *Ardiente secreto* y *Novelita estival*.

[8] Esta carta, una de las más célebres de este intercambio, fue publicada en una compilación epistolar de Zweig, en una prestigiosa revista de artes de la década de 1960, y en una historia del matrimonio entre Friderike y Stefan Zweig.

[9] El libro es *Tres maestros: Balzac, Dickens, Dostoievski*. Freud recibió un ejemplar con la dedicatoria: "Al Profesor Siegmund [sic] Freud, el gran guía en el Inconsciente, con siempre renovada estima, Stefan Zweig, Salzburgo, 1920".

[10] Thomas Mann, sin embargo, había aprobado enfáticamente este ensayo (cfr. su carta a Zweig del 28/7/1920). Respecto de Freud y Dostoievski, v. ante todo su *Dostoievski y el parricidio* (1928).

[11] Hermann von Helmhotz (1821-1894), médico y físico alemán.

[12] E. M. –alias "Cesare"- Lombroso, médico y criminólogo italiano, representante del positivismo criminológico.

[13] Freud había leído la biografía del escritor ruso escrita por D. S. Mereschkowski (la edición alemana era de 1903), donde se relatan muy sucintamente estos episodios.

[14] En la carta aún figuraba, tachada a mano, la anterior dirección del escritor, que acababa de mudarse a su nueva vivienda a raíz de su matrimonio con Friderike M. von Winternitz (1882-1971).

[15] La gira, en efecto, lo había llevado casi por toda Alemania (Munich, Leipzig, Berlín, Hamburgo, Kiel, Frankfurt a. M. y Wiesbaden).

[16] Personaje de la novela *Los hermanos Karamazov*.

[17] Zweig se había propuesto divulgar sistemáticamente a Freud, y así lo prueban todos los artículos periodísticos, los ensayos y los comentarios que le dedicó, incluyendo el discurso fúnebre y ciertos recuerdos en su autobiografía póstuma *El mundo de ayer* (1944).

[18] Tarjeta postal.

[19] *Amok* (1922), que contenía los relatos *Amok*, *La mujer y el paisaje*, *Noche fantástica*, *Carta de una desconocida*, y *El callejón a la luz de la luna*.

[20] Seguramente una de las típicas dedicatorias. El ejemplar no se ha conservado.

[21] Romain Rolland (1866-1944), escritor y musicólogo francés. La amistad con Zweig databa de 1910.

[22] *Le ruego que su dirección no sea divulgada; por lástima R. R. se encuentra físicamente muy debilitado y no desea ver a nadie, excepto a los mejores.* [*N. del autor.*]

[23] Erwin Rieger (1889-1941), periodista y escritor vienés, y a la sazón el primer biógrafo de Zweig (*Stefan Zweig. Der Mann und das Werk*, 1928).

[24] El 20 de abril Freud había sido operado de la mandíbula y el paladar a causa de un tumor.

[25] Con motivo del 60º cumpleaños de Richard Strauss.

[26] "No es preciso decirlo" (en francés en el original).

[27] *La lucha contra el demonio. Hölderlin, Kleist, Nietzsche* (1925) está dedicado a Freud.

[28] *Amok*.

[29] Anna Freud (1895-1982) era la hija menor de Freud y dirigió el Instituto Psicoanalítico de Viena hasta 1938, cuando se exilió en Londres con el resto de su familia. Su saludo, aquí, está en letra manuscrita.

[30] *La lucha contra el demonio*.

[31] Cfr. Freud, *Más allá del principio del placer*, V.

[32] *Liber amicorum Romain Rolland* (1926) era el título del volumen en ocasión del 60º aniversario del escritor francés, compuesto por saludos y dedicatorias de sus amigos más reconocidos.

[33] Celebrado en dicha ciudad del 6 al 8 de junio de 1925, en paralelo al Iº Congreso de la Sociedad Musical Alemana.

[34] Había sido el 29 de enero.

[35] Telegrama.

[36] Telegrama.

[37] Seguramente se refiere al comentario de Zweig en *Neue Freie Presse* (6/5/1926), con motivo del aniversario de Freud.

[38] Freud se alojó por casi cuatro meses en la *Villa Schüler*, en Semmering.

[39] Freud trataba a Stefan Zweig como "doctor" puesto que éste se había doctorado en Filosofía. Poco después, confundió a su corresponsal con el escritor Arnold Zweig (1887-1968) tratándolo de la misma forma, y éste –que no tenía dicho título- se burló de aquel *lapsus*, que Freud explicó en carta del 10 de septiembre de 1930 alegando su fastidio con Stefan Zweig por su ensayo en *La curación por el espíritu*; de ahí proviene, dice allí Freud, su inconsciente "deseo de sustituirlos".

[40] *La confusión de los sentimientos* (1927), que contenía tres novelas cortas: *Veinticuatro horas en la vida de una mujer*, *El ocaso de un corazón* y *La confusión de los sentimientos*. El ejemplar de Freud lleva la dedicatoria: "Al profesor Sigmund Freud / Con antiguo y profundo respeto, Stefan Zweig, 1926".

[41] Zweig le había hecho llegar el manuscrito de *Veinticuatro horas en la vida de una mujer* un año antes.

[42] Cfr. *Tannhäuser*, *El holandés errante*, *El anillo del Nibelungo*, *Tristán e Isolda*, y *Parsifal*.

[43] A Zweig hasta le llegaron comentarios de que en un breve encuentro, los ya enemistados Freud y su discípulo Alfred Adler (1870-1937) habían coincidido en los méritos psicoanalíticos de la obra.

[44] Zweig seguramente piensa en Arthur Schnitzler, Thomas Mann y Hermann Broch, entre otros.

[45] H. E. Jäger (1854-1910), escritor noruego, autor de *Fra Kristiania-bohèmen* (1885) y *Amor enfermo*(1893), ambas traducidas al alemán en 1920.

[46] J. T.- Harris (1856-1931), escritor inglés. Zweig se refiere a su autobiografía, *My Life and Loves*, que fuera traducida al alemán en 1929.

[47] El 26 de marzo se realizó en Viena un imponente festival de música clásica en homenaje al centenario de la muerte de Beethoven.

[48] Jules Romains, pseudónimo de Louis Farigoule (1885-1972), escritor francés.

[49] *Tres poetas de su vida. Casanova, Stendhal, Tolstoi* (1928). El ejemplar de Freud tenía la dedicatoria: "Al profesor Siegmund [*sic*] Freud / con afecto inalterable y aprecio / Stefan Zweig, 1928".

[50] Freud debió acudir a este sanatorio durante unos días para ajustar su prótesis bucal.

[51] *Fouché. Retrato de un hombre político* (1929). El ejemplar de Freud tenía la dedicatoria: "Al maestro de la psicología / a nuestro profesor en el saber / respecto del ser humano, Siegmund [*sic*]Freud / este retrato de un político / con aprecio / Stefan Zweig".

[52] Charles E. Maylan (1886-1981), autor del libelo *Freuds tragischer Komplex. Eine Analyse der Psychoanalyse* (1929).

[53] Robert Drill, a la sazón redactor del *Frankfurter Zeitung*.

[54] La imagen en cuestión es el aguafuerte realizado por el artista plástico Ferdinand Schmutzer (1870-1928) en 1926. La "profesora" era Alice Schnabel de Schmutzer, su viuda.

[55] Freud y el psicólogo suizo Carl G. Jung (1875-1961) habían roto relaciones desde 1914.

[56] El original de toda esta incómoda carta presenta numerosas tachaduras y añadiduras a mano.

[57] Franz A. Mesmer (1734-1815), fisiólogo vienés, fundador de un método terapéutico basado en el magnetismo animal conocido luego como "mesmerismo".

[58] Mary Baker-Eddy (1821-1910), fundadora de la *Christian Science*.

[59] Todo este párrafo, añadido a mano.

[60] Albert J. Storfer (1888-1944), dirigía desde 1921 la editorial de la Asociación Psicoanalítica Internacional, fundada por el propio Freud.

[61] La Universidad de Viena había designado profesor titular ordinario de medicina a Freud en 1920. No existía cátedra de psicoanálisis. En su celebración del 70º aniversario del psiquiatra, publicada en*Neue Freie Presse*, Zweig aseguraba en cambio que la Facultad de Medicina le había negado toda designación.

[62] C. G. Jung, Alfred Adler y Wilhelm Stekel (1868-1940), prestigiosos psicoanalistas y ex discípulos de Freud desde al menos una década antes.

[63] Cfr. Heinrich Heine, "El poeta Fidursi", en *Romanzero*, I (1851).

[64] También esta carta muestra muchos cambios de último momento.

[65] *El malestar en la cultura* (1929).

[66] Zweig acabó publicando una reseña en el *Berliner Tageblatt*, el 31 de marzo de 1930.

[67] Tarjeta postal.

[68] Freud supo de la concesión del premio, que además del prestigio simbólico otorgaba 10.000 marcos, el 28 de julio de ese año. El lauro le fue concedido a iniciativa de Alfons Paquet, suscripto por Alfred Döblin, y no sin polémicas.

[69] Zweig solía viajar en cada agosto, antes de los Festivales de Salzburgo, en busca de reposo y concentración.

[70] La familia política de Freud por parte de su mujer, Martha, provenía de Hamburgo, y los Freud habían visitado la ciudad en más de una ocasión.

[71] Tarjeta postal. Zweig estaba de viaje por la Costa Azul y realizó una breve excursión a Barcelona.

[72] *La curación por el espíritu*.

[73] Tarjeta postal.

[74] Gustav Wyneken (1875-1964), pedagogo alemán, fundador del "Movimiento Juvenil".

[75] Telegrama.

[76] Con motivo del 75º cumpleaños de Freud, Zweig publicó además un breve homenaje en el periódico berlinés *Central Verein Zeitung*.

[77] Las partes en mayúsculas, impresas; lo demás, manuscrito.

[78] Zweig poseía el original de una de las escandalosas cartas de Mozart a su prima de Augsburgo y había hecho hacer copias facsimilares para sus amigos.

[79] Tendencia a decir obscenidades.

[80] En realidad la carta fue escrita en la residencia estival de Freud, en el distrito Nº 19 (Döbling), como sucede con otras cartas escritas en los meses de junio, julio y agosto hasta 1938.

[81] Alude a la obra *Jeremías* (1917), a la colección de relatos *Confusión de sentimientos* (1927) y al estudio *La lucha con el demonio. Hölderlin, Kleist, Nietzsche*.

[82] En las traducciones, por lo general, cada uno de los tres ensayos se publicaba por separado.

[83] Recién sucedería con el ahora clásico *The Life and Work of Sigmund Freud*, del discípulo freudiano Ernest Jones (1879-1958), en tres tomos (1953-1957).

[84] *L'Anima che guarisce*, Milán, 1931.

[85] El caso de la "Srta. Anna O.", que J. Breuer (1824-1925) incluyó en sus *Estudios sobre la histeria*(1895).

[86] Sentimientos ilícitos" (en italiano en el original).

[87] Alusión al *Fausto* de Goethe, Parte II, escena V. Mefistófeles da a Fausto una llave que le permitirá llegar a "las madres", vale decir, al misterio último.

[88] Hanna Breuer.

[89] Sin duda o esta carta o la anterior están mal fechadas por su respectivo autor, pues dicen corresponder al mismo día.

[90] Es decir, el "marcapasos" en sentido literal.

[91] La primera edición en español se publicó en Barcelona, en 1934, con el título *La curación por el espíritu. Sigmund Freud*.

[92] "Por propias palabras" (en latín en el original).

[93] *María Antonieta* (1932).

[94] La alusión de Freud al joven rey Alejandro I (1876-1903) no está clara.

[95] Luis XVII (1785-1795).

[96] "¿Cuándo guillotinarán a esta benditas putas?" (en francés en el original).

[97] En francés en el original. Respectivamente, *Indiscreciones de la historia* (*Les indiscrétions de l'histoire*, 1895) y *Las muertes misteriosas (Les morts mystérieuses de l'histoire,* 1901). Augustin Cabanès (1862-1928) fue un médico y escritor francés.

[98] Las *Nuevas lecciones de introducción al psicoanálisis* (1932). El título es ficticio, pues Freud se había retirado de la docencia mucho tiempo antes.

[99] El escritor inglés Herbert G. Wells (1866-1946) estuvo por entonces en Salzburgo, pero no se sabe si finalmente se encontró entonces con Freud. En su biografía, Jones asegura que ambos se habían conocido en 1931.

[100] Aquí se había instalado provisionalmente Zweig al abandonar Austria en octubre de 1933.

[101] Esta denominada "Selbstdarstellung" pertenecía a una serie de ocho publicaciones de la editorial Felix Meiner, de Leipzig, que entre 1923 y 1929 presentó "autorretratos" de médicos prestigiosos del momento. La parte dedicada a Freud había sido publicada en 1925, como cuarto volumen, y en 1935 se editó la versión en inglés, con cambios hechos por el propio Freud.

[102] Escrito entre 1934 y 1938, *Moisés y la religión monoteísta* aparecería como libro en 1939, si bien algunos capítulos habían sido publicados en la revista *Imago* durante 1937.

[103] Edward de Vere (1550-1604), estadista y poeta inglés.

[104] Zweig había vuelto a Viena para visitar a su madre, y se alojó en un hotel.

[105] Freud pasó todo ese otoño en su quinta de Grinzing. Ernst Kris (1900-1956), su amigo y discípulo, era entonces el coeditor de la revista *Imago*.

[106] En el *Sunday Times*.

[107] Vivienda de Zweig en su breve exilio londinense.

[108] Dos días después, Freud cumpliría ochenta años.

[109] En alemán, *Führer* vale precisamente por "guía".

[110] En efecto, a iniciativa de Zweig y Thomas Mann se hizo circular una felicitación pública para que la firmaran adherentes y se enviara a la prensa. Entre los aproximadamente 200 firmantes de esa salutación al cabo figuraron personalidades como Thomas Mann, Salvador Dalí, Hermann Broch, André Gide, Romain Rolland y Virginia Woolf.

[111] "Freud y el futuro", pronunciado el 8 de mayo de 1936 en la Unión Académica de Psicología Médica de Viena.

[112] Cfr. S. Freud, *Sobre la dinámica de la transferencia* (1912).

[113] Tarjeta postal.

[114] Se trata de *La cadena* y *Caleidoscopio*, dos volúmenes con recopilaciones de relatos, publicados en 1936.

[115] Tarjeta postal.

[116] Tarjeta postal.

[117] Dato perdido a raíz de la datación imprecisa del mensaje.

[118] El escrito al que alude se ha perdido.

[119] Finalmente titulado *Impaciencia del corazón* (1939).

[120] "Las ruinas lo herirán impávido" (en latín en el original). Horacio, *Odas*, III, 3, 7.

[121] Tarjeta postal. Zweig y su secretaria, Lotte Altmann (luego su segunda esposa), estuvieron en Portugal durante el invierno.

[122] Las tropas alemanas se aprestaban a entrar en Austria y así anexar al país.

[123] Freud, su esposa y sus dos hijas llegaron a Londres vía París el 5 de junio. Su hijo Ernst ya les había preparado una vivienda.

[124] "¡Comienza una vida nueva!" (en latín en el original). Cfr. Dante Alighieri, *La vita nuova*, I.

[125] Zweig desconocía aún la dirección exacta.

[126] Se ignora qué asunto trataban entonces Zweig y Ernst Freud.

[127] En su autobiografía, Zweig recordaría luego que él mismo conservó uno de esos bosquejos y que jamás se lo mostró a Freud pues Dalí hacía evidente la cercanía de la muerte en el rostro del psiquiatra: ver figura 1. El catalán realizó otros bocetos del retrato del padre del psicoanálisis, como por ejemplo el de la figura 2.

[128] Edward F. W. James (1907-1984), magnate escocés, mecenas de muchos artistas de vanguardia y artista él mismo.

[129] Tilly Losch (1904-1975), bailarina y artista plástica austro-norteamericana.

[130] Fotógrafo de origen húngaro, se hizo célebre por sus retratos de personalidades, y culminó su carrera en los EEUU.

[131] Ida Brettauer de Zweig (1854-1938).

[132] Freud estaba internado en una clínica quirúrgica, para una nueva operación.

[133] Correcciones de *Impaciencia del corazón*.

[134] Tarjeta postal.

[135] Nueva vivienda de la familia Freud desde septiembre de 1938.

[136] Tarjeta postal.

[137] Zweig visitó Norteamérica desde diciembre de 1938 hasta marzo de 1939.

[138] Ztefan y Lotte Zweig se alojaron por unas semanas en una pensión de Bath, en busca de reposo.

[139] Tarjeta postal.

[140] Tarjeta postal.

[141] “Extranjero enemigo” (en inglés en el original).

[142] “Así pasa la gloria del mundo” (en latín en el original). Adagio latino, por lo general de uso cristiano.

[143] Freud moriría nueve días después, el 23 de septiembre.

Stefan Zweig

Palabras ante el féretro de Sigmund Freud[145]

En presencia de este glorioso féretro, permítanme unas palabras de sentido agradecimiento en nombre de sus amigos vieneses, austríacos, y universales, dichas en esa lengua que Sigmund Freud ha enriquecido y ennoblecido tan espléndidamente con su obra. Ante todo tengan presente que nosotros, aquí reunidos por un duelo compartido, atravesamos un instante histórico tal como a ninguno nos será concedido una segunda vez por el destino. Recordemos que para otros mortales, para casi todos ellos, su existencia, su estar con nosotros acaba para siempre en el breve minuto en que el cuerpo se enfría. En cambio, para éste ante cuyo sepulcro nos encontramos, para este singular y único ser de nuestra desconsolada época, la muerte significa sólo un fenómeno fugaz y casi insustancial. En este caso, el dejarnos no es un fin, no es una dura conclusión, sino apenas una imperceptible transición de la mortalidad a la inmortalidad. Por lo físicamente perecedero que hoy perdemos, apenados, se salva lo imperecedero de su obra, de su esencia: todos los que en este lugar seguimos respirando y viviendo y hablando y escuchando, todos nosotros no estamos vivos en sentido espiritual ni una milésima parte de lo que lo está este grandioso muerto que yace aquí, en su estrecho féretro terrenal.

No esperen que celebre ante ustedes los hechos de la vida de Sigmund Freud. Conocen sus logros, ¿quién no los conoce? ¿A quién de nuestra generación no lo configuraron y transformaron íntimamente? Ellos viven, glorioso descubrimiento del alma humana, como imperecedera leyenda en

todos los idiomas, y esto en el sentido más literal, ¿o hay algún idioma que pueda volver a echar de menos y prescindir de los conceptos, de los vocablos que él sonsacó del crepúsculo de lo semiconsciente? La moral, la educación, la filosofía, la poética, la psicología: todas y cada una de las formas de la creación espiritual y artística y del entendimiento mental se han visto enriquecidas y revaluadas gracias a su obra como a ninguna otra en las últimas dos, tres generaciones; incluso los que ignoran dicha obra o se resisten a sus hallazgos, incluso aquellos que jamás oyeron su nombre, están en deuda con él sin saberlo, sometidos a su voluntad espiritual. Cada uno de nosotros, hombres del siglo XX, sin él sería distinto en su pensamiento y comprensión; cada uno de nosotros pensaría, juzgaría, sentiría más estrecha y menos libremente, más injustamente, sin su pensamiento anticipado al nuestro, sin ese potente impulso hacia adentro que él nos brindó. Y siempre que tratemos de penetrar en el laberinto del corazón humano, su luz espiritual ha de brillar en nuestro camino… Todo lo que Sigmund Freud creó y avizoró como explorador y como guía estará con nosotros también en el porvenir, pues sólo nos ha dejado un ser humano: el hombre mismo, el valioso e irreemplazable amigo. Creo que todos nosotros sin distinciones, por diferentes que podamos ser, nada hemos deseado tanto en nuestra juventud como llegar a ver en carne y hueso eso que Schopenhauer llama la forma suprema del ser: una existencia moral, una vida heroica. Cuando niños, todos hemos soñado con encontrar alguna vez a ese héroe espiritual, con el cual podríamos formarnos y crecer; un hombre indiferente a las tentaciones de la fama y la vanidad, un hombre de alma plena y responsable, entregado únicamente a su tarea, una tarea que a su vez no se sirve a sí misma, sino a toda la humanidad. Ese sueño entusiasta de nuestras mocedades, ese postulado cada vez más severo de nuestra madurez es el que este difunto realizó inolvidablemente con su vida, regalándonos así una dicha espiritual sin igual. Aquí, en medio de una era vana y olvidadiza, al cabo él fue el imperturbable, el buscador puro de la verdad, para quien nada era más importante en este mundo que lo absoluto, lo incesantemente válido. Aquí al cabo estuvo ante nuestros ojos, ante nuestros reverentes corazones, el más noble y consumado tipo de investigador con su eterno conflicto: prudente, por un lado, probando con cautela, reflexionando varias veces y dudando de sí mismo toda vez que no estaba seguro de algún hallazgo, y

luego, apenas conquistada una convicción, defendiéndola contra la resistencia de todo el mundo. En él, nosotros y nuestra época hemos visto de modo ejemplar que no hay coraje más glorioso sobre la Tierra que el coraje libre e independiente del hombre de espíritu. Para nosotros será inolvidable ese coraje suyo de hallar conocimientos que los demás no descubrieron por no *atreverse* a hallarlos o bien a expresarlos o a admitirlos. Pero él se atrevió y se atrevió, siempre solo contra todos; se anticipó en lo inexplorado hasta el último día de su vida. ¡Qué ejemplo nos ha legado con esa bravura espiritual suya en la eterna lucha de la humanidad en pro del conocimiento!

Mas quienes lo conocíamos sabíamos también qué conmovedora modestia personal convivía con ese coraje para lo absoluto, y cómo este hombre de maravillosa fuerza psíquica era al mismo tiempo el más comprensivo con todas las debilidades psíquicas de los demás. Esa consonancia profunda –severidad de espíritu y bondad de corazón- originó al final de su vida la más perfecta armonía que pueda conquistarse en el mundo espiritual: una sabiduría pura, clara y otoñal. Quien la experimentaba en sus últimos años se consolaba del contrasentido y la locura de nuestro mundo con una hora de amistoso diálogo, y a menudo he deseado en tales ocasiones que éstas les fueran concedidas también a los jóvenes, al porvenir, para que cuando nosotros ya no pudiéramos dar testimonio de la grandeza anímica de este hombre ellos aún pudiesen decir con orgullo "he visto a un verdadero sabio, ha conocido a Sigmund Freud".

Puede que tengamos un consuelo en esta hora: él había completado su obra y se había completado a sí mismo en su interior. Señor incluso del enemigo primordial de la vida, del dolor físico, gracias a la firmeza de espíritu, a la tolerancia del alma, no menos señor en la lucha contra su propio sufrimiento que señor durante toda su vida en la lucha contra el sufrimiento ajeno, y por lo tanto ejemplar como médico, como filósofo, como conocedor de sí mismo hasta el último y amargo instante. Gracias por semejante ejemplo, querido y venerado amigo, y gracias por tu grandiosa vida de creador, gracias por tus actos y tus obras, gracias por lo que fuiste y por lo que vertiste de ti en nuestras almas… Gracias por los mundos que nos revelaste y que ahora recorremos solos, sin guía, siempre

fieles a ti, siempre recordándote con reverencia, el más precioso amigo, el más querido maestro: Sigmund Freud.

---

[145] Discurso pronunciado el 26 de septiembre de 1939 en el crematorio de Golders Green, en las afueras de Londres.